P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

SAN JUAN MACÍAS

LIMA – PERÚ

SAN JUAN MACÍAS

Nihil Obstat
Padre Ignacio Reinares
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleto

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

1. Extremadura.
2. Su infancia.
3. Su juventud.
4. El viaje a América.
5. Lima
6. Novicio dominico.
7. Horario diario.
8. Caridad con los pobres.
9. Sus penitencias.
10. El demonio.
11. Dones sobrenaturales.
    a) Ciencia infusa.
    b) Resplandores sobrenaturales.
    c) Perfume sobrenatural.
    d) Invisibilidad. e) Bilocación.
    f) Levitación. g) Conocimiento sobrenatural.
    h) Milagros en vida.
12. Amor a Jesús Eucaristía.
13. Amor a María.
14. Amor a los santos.
15. Almas del purgatorio.
16. Compendio de su vida.
17. Relato autobiográfico.
18. Última enfermedad y muerte.
19. Milagros después de su muerte.
20. Traslado de su cuerpo.
21. Proceso de beatificación.
22. Milagro para la canonización.
23. Devoción a san Juan Macías.

CRONOLOGÍA
CONCLUSIÓN
BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

San Juan Macías es un santo de todos y para todos. Tuvo muchos dones sobrenaturales de Dios e hizo muchas penitencias, pero fue un santo sencillo. Fue un santo para los pobres, los enfermos, las viudas y los huérfanos y, en especial, para los más marginados de la Lima de su tiempo.

Los indios y los negros eran sus amigos, pero también los pobres y los ricos españoles. A todos amaba con amor de padre y a todos los ayudaba. A los pobres les daba de comer todos los días. A los ricos les pedía limosnas para los pobres y los ayudaba y consolaba en sus tribulaciones. Todos acudían a él en busca de un consuelo o de una ayuda.

Oraba mucho por las almas del purgatorio. Por ello alguien le ha llamado el *ladrón del purgatorio*. Según cuentan algunos testigos de plena confianza, Dios le había revelado que había liberado hacia el final de su vida un millón cuatrocientas mil almas del purgatorio.

Era un fraile humilde que se pasaba todo el día en oración, mientras cumplía sus obligaciones de portero. Siempre estaba con el rosario en la mano. Y cuando se celebraba misa en la iglesia, procuraba ir siempre que no se lo impedían sus obligaciones. Y cuando no podía asistir, al momento de la consagración, al oír la campanilla, se ponía de rodillas y veía, como en televisión, la misa que se celebraba en la iglesia.

Dios manifestó su amor al humilde Juan, dándole como compañero desde su infancia al apóstol san Juan evangelista y concediéndole muchos dones como el del conocimiento sobrenatural y el de hacer milagros.

Ojalá aprendamos con el ejemplo de su vida a vivir nuestra fe en plenitud y a buscar la felicidad en amar, servir y hacer el bien a todos los que nos rodean.

Nota.- Al citar *Meléndez* nos referimos al padre Juan Meléndez, que conoció al santo cuando era joven, y escribió su biografía en su libro *Tesoros verdaderos de las Indias*, tomo III, libro IV, Roma, 1682.
Al citar el texto nos hemos permitido algún pequeño cambio de palabras sin cambiar el sentido para entender mejor el relato.
También nos hemos servido del libro *Juan Macías* del padre Salvador Velasco, quien tuvo acceso a un volumen impreso en Roma en 1727, que incluye los dos Procesos, diocesano y apostólico.

1. EXTREMADURA

Al momento del nacimiento de nuestro santo reinaba en España el rey Felipe II, el rey prudente, con el que España llegó a la plenitud de su poder. En la Iglesia gobernaba el Papa Sixto V. El ambiente social español estaba impregnado de hazañas en el Nuevo Mundo y de guerras de religión en Europa.

La región en la que nació nuestro santo se llama Extremadura y comprende las dos provincias españolas de Cáceres y Badajoz que están en la frontera con Portugal. Es una tierra montañosa, pobre para la agricultura, con pastos para los ganados. Es tierra tradicional de emigrantes. Muchos emigraron a las Indias en el siglo XVI, buscando un futuro mejor. De esta tierra era Francisco Pizarro, el conquistador del Perú.

Entre tantos problemas sociales y políticos de aquel tiempo, la vida de Juan Macías transcurrió humilde y sencilla, trabajando como pastor, primero en su pueblo natal y después en otras regiones de Andalucía hasta que llegó a América, donde se hizo religioso.

2. SU INFANCIA

San Juan Macías nació el 2 de marzo de 1585 en Ribera del Fresno (Badajoz). Fueron sus padres Pedro Arcas e Inés Sánchez.

En la Introducción del Proceso de beatificación se dice: *Estaban unidos en legítimo matrimonio, piadosos, nobles, pero pobres de bienes de fortuna. Tuvieron el cuidado de que Juan recibiera el bautismo y posteriormente la confirmación. Fue educado piadosa y santamente en los rudimentos de la fe católica.*

Dicen los testigos que *no había en sus padres contaminación de sangre mora ni judía. Eran cristianos viejos.* El padre Blas de Acosta refiere en el Proceso que, tres días antes de morir fray Juan, le dijo que *sus padres en sangre y virtud, eran de lo mejor de su país*. Su padre era alguacil del Santo Oficio de la Inquisición.

En la partida de bautismo de nuestro santo se lee: *En la villa de Ribera, a dos del mes de marzo del año 1585. El señor licenciado Morán, cura de esta dicha villa, bautizó a Juan, hijo de Pedro Arcas y de Inés Sánchez, su mujer. Fueron padrinos: Mateo Sánchez e Isabel Salguera, su mujer. Y en fe de esto lo firmo de mi nombre. Licenciado Morán Francisco Blanco.*

Nuestro santo se llamaba Juan Arcas Sánchez; pero ya adulto, él siempre decía que se llamaba Juan Massías o Masías, una deformación del apellido original de su tierra, que es Macías. El cambio de apellido parece deberse a que en algún momento fue acogido por un pariente de este apellido. De hecho, Agustín Romero, que declaró en 1672 en el proceso apostólico (testigo 35), habla de un tal Bartolomé Macías, que vivía en Lima, a quien siempre fray Juan lo consideró su pariente.

Según la Introducción del Proceso: *Desde la niñez dio indicios de futura santidad. Asiduo a la piedad y a la religión, frecuentaba las iglesias y hacía altarcitos, veneraba las santas imágenes de Cristo, de la beatísima Virgen y de otros santos con especial devoción, veneración y culto. Ajeno a juegos de niños, era un ejemplo para los de su edad por su modestia, compostura y virtud.*

Le gustaba ir a rezar a la iglesia delante de la imagen de la Virgen del Valle, pequeña imagen de talla gótica, que se venera en una de las capillas de la iglesia parroquial. También le gustaba ir a la ermita del Santo Cristo de la misericordia, que se hallaba a las afueras del pueblo.

Sus padres criáronle como santos que fueron en temor y amor de Dios y se lució su cuidado, pues, dejando a nuestro niño de sólo cuatros años y medio, cuando pasaron de ésta a mejor vida, ya sabía, con ser de tan tierna edad, las oraciones del padrenuestro y avemaría, y las rezaba[1].

Al morir sus padres, quedó junto con su hermanita de tres años, al cuidado de su tío materno Mateo Sánchez, su padrino. Entre los enseres que llevó consigo había un candil de hierro, que alumbraba cada noche la escena familiar. Hoy se considera una venerable reliquia, que obra curaciones.

El padre Meléndez, que lo conoció, dice: *De sólo cuatro años y medio era nuestro niño Juan, cuando Dios le privó de entrambos padres, y con muy especial providencia al parecer, porque como le criaba para que fuera tan suyo, quiso que su crianza y educación no corriese por cuenta de hombres, aunque fueran tan buenos como sus padres, sino por su cuenta y providencia, poniéndole un ayo de las mayores personas que tiene el cielo y la tierra para que cuidase de él y le enseñase y dirigiese por el tiempo de su vida y después le acompañase hasta ponerle en la gloria donde gozara el premio de sus servicios y trabajos padecidos por su amor*[2].

---

[1] Meléndez, p. 453.
[2] Ibídem.

El padre Meléndez se refiere a san Juan Evangelista, el apóstol predilecto de Jesús, que se le aparecía y le enseñaba como un amigo.

A los cinco años, su tío lo mandó a cuidar su rebaño y, en la soledad del campo, oraba y se comunicaba con Dios con la confianza de un hijo con su papá. Un día se le presentó el apóstol san Juan evangelista como un niño como él. Juntos hacían vuelos en éxtasis, disfrutando de la felicidad de Dios, incluso, como él mismo dirá, visitando a los moradores del cielo.

Estaba tan unido a Dios que no es de extrañar que Dios pudiera hacer milagros por su intercesión ya en aquella época. Según una tradición, que permanece hasta hoy en su pueblo de Ribera, estando un día con su rebaño, oyó cerca el llanto de un niño. Corrió a ver qué pasaba y el niño le contó que un cerdito había caído en un pozo que no tenía brocal. Juanito se puso a rezar con fe y, según iba rezando padrenuestros, el nivel del agua subía y el cerdito subía flotando, hasta que llegó a la superficie y lo rescataron.

El niño Juanito iba creciendo y era tanto su amor a Dios que no podía guardarlo para él sólo. Por eso, compartía su fe y sus conocimientos con otros niños o jovencitos. Según declaró el padre Francisco de Oviedo: *No sólo sabía lo conveniente para la salvación, sino que les enseñaba a los niños de su edad con la suavidad que requiere la edad, conforme a sus pequeños años. Y, aun siendo mayor, de joven, antes de vestir el hábito religioso, continuaba en este ejercicio y ocupación procurando que todos amasen a Dios y le sirviesen con obras y palabras*[3].

A veces, el niño Juanito se quedaba en éxtasis durante su oración, y san Juan *rodeaba la manadilla, la guiaba, la recogía y contenía sujeta y sin salirse de los términos debidos, de manera que, cuando volvía en sí el extático pastorcillo, hallaba recogido su ganado sin haber padecido detrimento por falta de su descuido. Y esto le sucedió y sucedía todo el tiempo que estuvo en aquel oficio y ejercicio de pastor*[4].

3. SU JUVENTUD

Siendo jovencito, *dejó el suelo donde nació y salió peregrinando por toda Extremadura, pero nunca fue molesto ni pidió para comer, que en un hombre mozo y con fuerzas pareciera más vicio de la ociosidad que no ejercicio de mortificación. Dondequiera que llegaba, buscaba en qué trabajar para ganar de*

[3] Proceso apostólico, testigo, 4.
[4] Meléndez, pp. 455-456.

comer y de aquel corto salario, gastando lo que había menester para el sustento de cada día, lo demás daba a los pobres a quienes, desde entonces, comenzaba a dar el título de hermanos[5].

A los veinte años pasó a la Andalucía y todo este tiempo le acompañaba su amigo san Juan evangelista, manifestándosele muy frecuentemente, y le revelaba muchas cosas[6].

Sucedió en una ocasión que, pasando por Sevilla a Jerez de la Frontera, vio en aquella gran ciudad una portada de casa que le pareció de iglesia. El siervo de Dios, como andaba continuamente pensando en Dios, luego que vio la iglesia entró a rezar. Pero, a pocos pasos, encontró un corro de mujeres cortesanas, que así llaman a las perdidas. Ellas cercaron al mozo incauto y, pensando que entraba a lo que otros, cada cual hacía de las suyas para cogerle para sí…, pero no tardó mucho el amigo san Juan evangelista, poniéndose visiblemente a su lado, lo cogió de la ropilla y lo sacó hasta la calle, enseñándole el camino por donde debía ir y advirtiéndole que otra vez anduviese con cautela y más cuidado[7].

Estando en Jerez tuvo una experiencia de cielo y él dice: *Habiendo oído misa, san Juan me llevó donde él quiso y sabe, allá muy lejos. Llevóme como otras veces, a ver a Dios, donde vi tales cosas que no se puede decir ni declarar*[8].

De Jerez se dirigió a Sevilla con el propósito de embarcarse para las Indias, acompañando a un mercader que lo contrató para servirlo durante el viaje, cuidando el ganado que llevaba. Sevilla era una gran ciudad, de unos cien mil habitantes de todas las razas y colores. En Sevilla había un floreciente comercio. Estaba en el apogeo de su grandeza y auge comercial, desde que se estableció la Casa de Contratación en 1504, que centralizó en el puerto el monopolio del comercio con las Indias. En 1510 se estableció el Consejo de Indias y a él se le subordinó la Casa de Contratación, que después se conoció con el nombre de Consejo Real y Supremo de las Indias. Allí esperó la salida de la flota.

---

[5] Meléndez, p. 456.
[6] Ib. p. 456.
[7] Meléndez, p. 457.
[8] Meléndez, p. 458.

4. EL VIAJE A AMÉRICA

Salieron con viento próspero de Sevilla en agosto de 1619. Con los pasajeros iban soldados pertenecientes a uno de los famosos tercios, *soldados viejos y buena gente, casi todos mosqueteros*. A bordo asistía todos los días a la misa que celebraba alguno de los sacerdotes viajeros. Se pasaba los días trabajando, cuidando el ganado de su amo y orando, sobre todo, rezando el rosario. Después de 40 días de navegación, llegaron a Cartagena de Indias, llamada la *Reina de las Indias*, un emporio de riqueza permanente y cebo constante para los piratas, lo que hizo que se fortificara con unas murallas, que en algunos puntos tenían hasta 21 metros de espesor.

Su amo resolvió despedirlo, porque no le servía para sus negocios, ya que necesitaba un ayudante que supiera de cuentas y él no sabía. Así que le pagó el salario correspondiente y se despidieron.

Estuvo varios días en Cartagena sin saber qué hacer para el futuro. Tomó algún trabajo para alimentarse, visitó iglesias y ayudó con lo poco que tenía a los pobres que encontró.

Allí en Cartagena encontró un pariente suyo que también lo despidió, porque no era hábil para los negocios[9]. Ayudó lo que pudo a tantos esclavos negros que había en la ciudad, donde llegaría dos años más tarde san Pedro Claver, el apóstol de los negros.

Por fin, un día se decidió a ir a Lima. Podía ir por mar hasta Panamá, cruzar el istmo y después tomar otra nave hasta el Callao, el puerto de Lima. La otra opción, que fue la que escogió, según el consejo de san Juan evangelista, fue irse a pie. Se puso en marcha con sus 34 años cumplidos.

De Cartagena a Lima eran unos 5.000 kilómetros. Parte los hizo a pie, parte a mula y también en canoa a través de algunos ríos de la selva colombiana. Y después de cuatro meses y medio llegó por fin a su destino en Lima, en febrero de 1620.

[9] Padre Fernández de Valdés, Proceso apostólico, testigo 10.

5. LIMA

Lima era una ciudad próspera. Había unos doscientos mercaderes dedicados sólo a vender ropa de Castilla, de México y de la China. Los dueños de pulperías eran también más de doscientos y así otros mercaderes de vino y de otros alimentos. También eran numerosos los trabajadores de las distintas profesiones.

En cuanto a los habitantes, había una marcada diferencia de razas. En primer lugar y con todos los derechos estaban los españoles o criollos (descendientes de españoles nacidos en América). Después venían los libres de distintas razas (indígenas, mulatos etc.) y, por último, los esclavos. La ciudad crecía gracias a su prosperidad comercial y minera. Hacia 1630 tenía ya 40.000 habitantes, de los cuales unos 20.000 eran negros, y la mayoría de ellos todavía esclavos.

El ambiente general era bastante religioso. En muchos hogares se rezaba el rosario diariamente, se respetaban las cosas sagradas y se reverenciaba a los sacerdotes. Por supuesto que, como en todas partes, había excesos en el trato a los esclavos o en los tratos comerciales con los pobres e ignorantes. Había santos y pecadores, pero ciertamente en aquellos tiempos no se conoció el pecado del suicidio, del aborto o de la blasfemia.

Al llegar a Lima, Juan Macías encontró a san Martín de Porres (+ 1639). Lima todavía respiraba los aires de santidad de santo Toribio de Mogrovejo, muerto en 1606; de san Francisco Solano, fallecido en 1610; y de santa Rosa de Lima en (+ 1617).

En Lima los dominicos u Orden de Predicadores tenían dos conventos principales. El convento de Santo Domingo o basílica de Nuestra Señora del Rosario estaba ubicado en el centro de la ciudad y tenía en ese tiempo unos 150 religiosos. Allí vivía san Martín de Porres. El otro convento principal era el de Santa María Magdalena, llamado también *La Recoleta* dominica, es decir, un convento de recoletos dominicos, donde se llevaba una vida más estricta que en los demás conventos de la Orden. Por ejemplo, no se podía comer carne y había más horas de oración comunitaria. En este convento, fundado en 1606, que fue donde entró nuestro santo, había 50 religiosos[10].

Al llegar a Lima, Juan Macías, se alojó en una venta cerca del puente que llaman *Posadas de San Lázaro* por estar junto a la iglesia parroquial dedicada a

[10] Actualmente, en lo que fue este convento, se encuentra la parroquia de los Sagrados Corazones llamada también La Recoleta de Lima, ubicada en la Plaza Francia del distrito del Cercado de Lima.

San Lázaro. La venta estaba en el barrio de San Lázaro, hoy distrito del Rímac, distante unos dos kilómetros del convento de la Magdalena.

Pronto se concertó con el acaudalado ganadero Pedro Jiménez Menacho, llamado *El Rastrero*, que proveía de carne a toda la ciudad. Don Pedro lo nombró mayoral y mayordomo de su ganado. Administró su finca con el ganado con tal diligencia y fidelidad que el patrón no se cansaba de elogiarlo, viendo cómo Dios multiplicaba visiblemente cuanto tenía. Con él estuvo unos dos años y medio.

6. NOVICIO DOMINICO

Entró de religioso al convento de la Magdalena, siguiendo el consejo de san Juan evangelista. Tomó el hábito el 22 de enero de 1622, empezando así su noviciado. Según aseguró en el Proceso el padre Francisco de Guzmán: *Antes de su toma de hábito hizo una confesión general de toda su vida*[11].

Algunos testigos recordaron en el Proceso que, el día que entró al convento de Santa María Magdalena, vestía un vestido de bayeta azul de Quito, el único que tenía, que era de tela gruesa, de color azul como vestían los más pobres de Lima. El mismo Juan Macías dirá que, al tocar la campanilla de la puerta, le abrió fray Pablo de la caridad, quien le había llamado por su nombre sin haberlo visto antes. Tenía 36 años.

El día de su toma de hábito, se había postrado en el suelo con los brazos en forma de cruz. El padre Ramírez, Prior, le había preguntado de acuerdo al ritual: *¿Qué deseas?* Y él respondió: *La misericordia de Dios y la vuestra.*

Había 50 hermanos escuchando, quienes le dieron la bienvenida y lo recibieron como parte de la Comunidad para ser lego o hermano converso, no sacerdote. Un testigo del Proceso manifestó que *tenía el rostro bello como un ángel, siendo un hombre menudo y flaco y, al verlo, se experimentaba un sentimiento vivo de compunción y se alababa a Dios*[12].

El mismo día de su toma de hábito, el diablo manifestó su disgusto. *Por la noche, estando ya recogido en la celda, el demonio, fingiendo un gran terremoto, le presentó a la vista, entre el estrépito del temblor, que se desunían las paredes de la celda y que, desencajados los adobes, se venían al suelo con el techo, como si sucediera en realidad, sobre el cuerpo de fray Juan; que por una parte, oprimido del peso de la tierra y casi ahogado del polvo que sacudían los*

[11] Proceso diocesano, testigo 6.
[12] Proceso ordinario N° 36, párrafo 45, tomo 1.

materiales con el falso movimiento, llamó a Dios y a su amigo san Juan Evangelista y, al punto, se vio libre de aquel susto y la celda entera sin lesión alguna, conociendo el engaño del demonio. Eso mismo sucedió muchas veces, pero con el mismo efecto, no sacando del siervo se Dios otra cosa que humillarse y dar repetidas gracias a su Majestad, porque le guardaba libre de sus celadas, ardides y asechanzas[13].

Desde el día de su entrada vestía un hábito blanco de lana gruesa, calzaba zapatos toscos, largos y resistentes. Sobre el pecho y espalda le colgaba un escapulario negro. Normalmente tenía la cabeza cubierta con la capucha negra, como usaban los hermanos conversos[14].

Según el padre Meléndez,, que lo conoció, *era mediano de cuerpo, rostro blanco, las facciones menudas, la frente ancha, partida con una vena gruesa que desde el nacimiento del cabello, de que era moderadamente calvo, descendía al entrecejo; las cejas pobladas, los ojos modestos y alegres, la nariz algo aguileña, las mejillas enjutas, pero sonrosadas y la barba espesa y negra*[15].

Durante su noviciado fue modelo de humildad. *Cuando decía o contaba alguna cosa de sí, se llamaba asnillo tonto, gusanillo vil, siervo inútil*[16]. Cuando hablaba de otros decía: *El bueno de fray fulano, el bueno de zutano*[17].

La prueba más dura de su noviciado fue obedecer al padre sacristán que le ordenó que estuviese en la puerta de la iglesia toda la tarde del Jueves Santo para pedir a la gente cera para la iglesia. Hubiera deseado pasar ese tiempo precioso delante del Santísimo Sacramento. Había días que participaba en cinco o seis misas. Él trataba de salvar almas asistiendo a misa, rezando el rosario, orando y obedeciendo.

El padre Arias le había explicado que valía más un rosario que una bella prédica y que una lección de catecismo. Que bastaba cumplir la voluntad de Dios, obedeciendo como portero, para salvar muchas almas sin ir a evangelizar a los indios.

Lo destinaron como segundo portero para ayudar al hermano Pablo de la caridad. Y le dijo al padre Gonzalo García, quien dio testimonio años más tarde: *¡Qué bueno y penitente era el hermano fray Pablo! Tenía mucha caridad con los pobres. Con su ejemplo, este gusanillo, que soy yo, comenzó la vida de oración*

---

[13] Meléndez, p. 464.
[14] Proceso apostólico, N° 58 y párrafos 15 y 43 del tomo 3.
[15] Meléndez, p. 590.
[16] Meléndez, p. 483.
[17] Ib. p. 484.

por seis o siete horas de día y de noche. A decir verdad, me parecía que no tenía tiempo suficiente para orar. Me parecía que pasaba sólo un cuarto de hora[18].

El hermano Pablo fue su maestro como portero y le decía: *Nosotros predicamos con la escoba. Si no subimos al púlpito a predicar, participamos en la predicación con la oración y el servicio. ¿Quién toca la campana para que venga la gente a oír predicar? ¿Quién alimenta a los padres para que estudien y estén listos para anunciar el evangelio? ¿Quién limpia los claustros y la iglesia, quién abre y cierra las puertas y distribuye las limosnas y asiste a los enfermos?*

Hizo su profesión perpetua el 23 de enero del año 1623. Al año de su profesión perpetua, en 1624, se enfermó de la rodilla donde tenía un tumor de tanto haber estado de rodillas. Había peligro de que degenerara en gangrena. El Prior decidió enviarlo a un convento de la Sierra, en las montañas de los Andes, donde estuvo dos meses y curó misteriosamente.

Al regresar de inmediato a su convento de la Magdalena, el hermano Pablo ya no estaba, lo habían cambiado al convento de Santo Domingo. Así que el hermano Juan se quedó de portero titular, cargo que ocuparía hasta su muerte, 21 años más tarde.

7. HORARIO DIARIO

Desde que fue portero se hizo un horario. No quería estar ni un instante ocioso. *Ya oraba mentalmente, ya rezaba su rosario, ya barría, ya aliñaba el refectorio* (comedor) *o fregaba los platos o ejercitaba sus obras de caridad sin parar el minuto de una hora*[19].

A las cinco de la mañana salía de su celda, oía misa y se quedaba en la iglesia de rodillas hasta que daban las seis. Luego íbase a la cocina para disponer lo necesario a los pobres. Abría la portería. Los días que no había tanto apremio cerraba de nuevo y daba una vuelta devota por la iglesia. De nuevo a las ocho a la portería. Disponía el refectorio para los pobres y preparaba los platos y el agua de las alcarrazas.

Oraba el tiempo libre delante de un Santo Cristo que había en un altar en la misma portería, atento, sin embargo, a las llamadas. Si podía, volvía a la iglesia para oír la misa mayor. Si no, se unía en espíritu desde la misma portería.

---

[18] Francisco Reginaldo, *San Giovanni Macías*, Ed. San Sisto Vecchio, Roma, 1974, p. 65.
[19] Meléndez, p. 474.

En tocando a comer, cerraba la puerta y se iba y comía un plato de legumbres y fruta con miel. Luego se levantaba para recoger platos, servir a los demás y juntar lo que iban éstos dejando. Después llevaba esto con lo preparado en la cocina para los pobres. A los vergonzantes —clérigos, nobles arruinados, hidalgos— les deba de comer en el refectorio reservado. Dadas las gracias, los despedía con amor y caridad.

Después repartía en ollas lo que habían de llevar fuera de casa a muchas mujeres pobres y honradas que mandaban por ello. Luego sacaba lo demás al portal donde esperaban muchos pobres de toda condición. Y repartía con abundancia la comida de rodillas en el suelo, la capilla en la cabeza, los ojos en lo que hacía y el corazón en Dios. Al terminar les daba catecismo, rezaban oraciones y los despedía en paz, amonestándoles a que amasen a Dios y se conformaran con su santa voluntad.

Con esto llegaba la una. Cerraba y a las dos abría de nuevo. Y ocupaba la tarde en su oficio y en las obras de caridad que se ofrecían: barría el refectorio, doblaba los manteles y lavaba los platos. El tiempo sobrante lo pasaba orando ante el Santo Cristo.

Al toque del Ángelus —seis de la tarde— cerraba. Y al tocar a colación —a cenar— entraba en el refectorio a servir y recoger lo sobrante para repartirlo a los niños pobres que acudían a la portería por la mañana.

Terminada la cena, con los hermanos y donados, iba a rezar el rosario en la capilla de Nuestra Señora. Y se quedaba solo hasta maitines, a las doce de la noche. Volvíase a la iglesia hasta las cuatro de la mañana, hora de tocar el Ángelus.

Se recostaba de bruces, el rostro sobre los brazos, como una hora. A las cinco de la mañana comenzaba la jornada del nuevo día[20].

[20] Velasco Salvador, *Juan Macías*, Ed. OPE, Guadalajara (España), 1975, pp. 154-155; Meléndez, pp. 466-467.

8. CARIDAD CON LOS POBRES

Algo en lo que destacó especialmente fue en su gran caridad con los más pobres y necesitados, indios, negros y españoles. Y no sólo se preocupaba de su alimento material, sino también de su alimento espiritual, dándoles charlas sobre la doctrina cristiana.

Según cuentan los testigos del Proceso, cada día daba de comer a más de 400 pobres. Muchos lo llamaban con cariño el *leguito de la limosna*. A los pobres de los hospitales, algunos días los visitaba personalmente. Llevaba una cesta colgada del brazo izquierdo, cubierta con la capa y llevaba dulces, flores aguas de olor y comida. Les servía de comer, les hacía las camas, les limpiaba los bacines, *les daba los dulces y las flores; y les untaba las manos con el agua de olor para que se recreasen. Y les amonestaba a la paciencia en su pobreza y achaques, y les aconsejaba el amor de Dios y mudanza de sus vidas*[21].

A sus hermanos de Comunidad también proveía de hábitos con la ropa que le regalaban. Igualmente, daba ropa a sacerdotes pobres y a jóvenes casaderas sin dote.

Tenía bienhechores que le mandaban limosnas desde Cuzco, Potosí y otros lugares distantes. Entre sus bienhechores de Lima, estaban Pedro de Gárate, Pedro Ramírez, Antonio de Alarcón, Diego de Alarcón, Alfonso Martín de Orellana, Alonso Calderón, Sebastiana de Vera y su esposo Juan de Quijada, Baltasar Carrasco, Pedro del Campo, Isabel Morales, y hasta el mismo virrey Don Pedro de Toledo y Leyda, marqués de Manresa, que le daba cada año 2.000 pesos de a ocho reales para cuatro chicas pobres casaderas. Cuando el Prior le preguntó qué había hecho para convencer al virrey, le respondió: *Con esto, padre Prior, con el rosario.*

Francisco de Bustamante fue uno de los mercaderes más acreditados que tuyo en su tiempo Lima y por tener una tienda bien surtida era mucho lo que vendía. Un día, estando vendiendo, el siervo de Dios le pidió fiadas unas varas de tela para hacer unas camisas para sus pobres.

El hombre no conocía al bendito fray Juan y lo despidió sin darle nada. Pasáronse algunos días y, reparando que no entraba persona alguna en su tienda a comprar como solía, averiguó si vendían los demás y supo que sí. Y contándole a un amigo su problema, añadió que, desde el día en que a un fraile lego le había negado unas varas de tela fiadas para camisas para los pobres, le sucedía aquella

[21] Meléndez, tomo III, libro V, c. 1.

desdicha[22]. El amigo, averiguando que el fraile era el portero de la Magdalena, le dijo: *Amigo, ese fraile es un santo, determinaos a llevarle lo que os pidió y veréis qué bien os va. El hombre tomó el consejo, envió la tela, no fiada sino de limosna, y desde luego comenzó a vender de modo que resarció las pérdidas pasadas y continuó sus limosnas por mano del siervo de Dios, experimentando siempre grandes medras en su hacienda*[23].

Juan de Bedia había dado al siervo de Dios en vida algunas limosnas y con esa confianza llegó a pedirle una vez, pero el hombre se negó; instó repetidas veces en pedírsela, diciendo que le importaba que se la diese, pero nunca le pudo sacar ni un real. Hizo aquel año un viaje a la feria de Portobelo y, habiendo empleado ciento veinte mil pesos y lo más en hierro, que es género de importancia para las Indias, embarcado todo en Panamá, el barco en que venía se fue a pique y quedó el miserable sin hacienda. Llegó a Lima en ocasión que acababa de pasar de esta vida el siervo de Dios fray Juan y corría la fama de sus cosas y, entonces, cayó en la cuenta de que por haberle negado la limosna le sucedía aquella infelicidad. Arrepentido de su dureza, dio una cuantiosa limosna para los pobres de su portería y luego tuvo noticia de que, por medio de buzos, le habían sacado del barco perdido más de sesenta mil pesos de hierro. Volvió en sí y fue siempre muy devoto del siervo de Dios y de sus pobres[24].

Andrés Martín de Orellana era uno de sus mejores bienhechores y se enfermó de hidropesía, quedando desahuciado de los médicos. Viéndose cerca de la muerte, fue a visitar a su paisano el siervo de Dios. Lo llevaron en una silla de manos dos de sus esclavos. Llegó a la hora del reparto de la comida y, como tenía sed, le pidió a fray Juan un poco de agua. *Y habiéndole dado el agua en un jarrillo pequeño, el siervo de Dios le dijo: "Hermano, pues ya ha bebido y socorrido su necesidad, no se esté sentado ahí, tome este plato de frejoles y llévelo allí dentro al refectorio donde están nuestros hermanos los pobres y déle al que siguiere. Y adviértole que tal vez viene ahí su Majestad a honrar esas pobres mesas y podrá ser que ahí ahora esté dándoles su bendición"... Pareciéndole que podía andar solo, se puso en pie y llevó el plato a los pobres sin que nadie le ayudase. Cuando volvió por más platos, vino más ágil y suelto, de manera que podía andar mejor. Pidió otro plato y lo llevó con ligereza. Al regresar, fray Juan estaba haciendo otros platos de pescado salado con aceite y vinagre y, viéndolo Andrés Martín, le dijo: "En verdad que se me antoja comer un poco de este pescado y así quisiera que vuestra reverencia me lo diese"...*

---

[22] Sobre este suceso declararon varios testigos en el Proceso, entre ellos el padre Antonio del Rosario (Proceso apostólico, testigo 33), el padre Domingo Montero (ib. testigo 6) y otros como el padre Gonzalo García, Francisco de Guzmán, fray Juan de la Torre, fray Dionisio de Villa, fray Juan de la Magdalena y otros religiosos y seglares.

[23] Meléndez, pp. 513-514.

[24] Meléndez, pp. 514-515.

Dándole en un plato una cabeza de pescado salado con un panecillo y una servilleta, se sentó a comerlo en un poyo de la misma portería y concluyó con todo el plato y el pan con muy buenas ganas... Espantada su mujer al verlo, le dijo: "Jesús, Señor, pescado salado con aceite y vinagre un hombre hidrópico y que revienta de sed. ¿Queréis mataros? ¿Estáis loco? ¿En qué juicio cupo tal?". Y respondió: "Ya estoy bueno y sano por la misericordia de Dios y no tengo mal alguno"... Volvieron a su casa y tan libre Andrés de su achaque que el que antes esperaba a cada instante la muerte, dentro de tres días andaba por la ciudad sin rastro del mal pasado y ocupado en sus negocios[25].

Fray Juan tenía permiso del Prior para pedir limosnas y guardar lo que le daban en una despensa. El día que se quedó solo en la portería quiso continuar dando ayuda a los pobres como lo hacía el hermano Pablo de la caridad y le pidió permiso al Prior para pedir y dar ayuda. El padre Blas de Acosta, que era el Prior, le dijo: *Puedes pedir y darlo todo con tal de que no te quedes nada para ti* .Y él le respondió: *¿Para mí? Para mí sólo quiero a Dios*[26].

Les daba de comer a los pobres, hincado de rodillas, con el rostro resplandeciente de gozo. *Acabada la comida, les hacía rezar las oraciones y el catecismo, repitiéndoselo él mismo de rodillas como estaba. Con mucha energía y espíritu les hacía una plática, encargándoles el temor y amor de Dios y que, en agradecimiento, procurasen no ofenderle. Y, si después de idos los pobres, tocaban, respondía y, si era pobre, le daba de comer con el mismo aseo y abundancia que a los demás sin reñirle, porque no había venido a la hora. Y, si habiendo cerrado otra vez, llegaba otro y otros hasta la noche, a todos los recibía con cariño y los despachaba bien sin que jamás se le notase enfado*[27].

9. SUS PENITENCIAS

Nuestro santo era muy penitente y ofrecía sus penitencias y oraciones por la salvación de los pecadores y la liberación de las almas del purgatorio.

Era pobrísimo en extremo, contento con dos túnicas o sayas blancas, que habían servido a otros, y un escapulario, capilla y capa negra de anascote del mismo pelo que lo demás. Su celda se componía de una cama de roble, clavada la piel de un toro, y encima una frazadilla doblada y una almohada de jerga por cabecera; de mesa le servían dos tablas sobre unos adobes de silla, un banco

[25] Meléndez, pp. 515-516.
[26] Proceso diocesano, fol 12.
[27] Meléndez, p. 502.

raso de madera sin respaldar, una caja bien tosca y mal labrada, y un cordel del que colgaba los hábitos. El adorno de pinturas en las paredes eran unas estampas de papel, pero entre esta pobreza tenía a la cabecera una imagen de Nuestra Señora de Belén de buena pintura, pero en un marco pobre[28].

La cama no servía más que de adorno por desmentir el rigor de su mortificación con los que entraban en ella. Servíale sólo en las enfermedades, añadiendo a la frazada (manta) *un colchoncillo muy bajo y entonces sólo se permitía acostar mandado de la obediencia*[29].

Jamás lo vieron comer huevos ni pescado, sino sólo legumbres y picar alguna vez, aunque rarísima, el postre o plato de dulce, que puede ser que lo hiciese por disimular con esto y que pareciese regalo el rigor de su abstinencia. Muchos días ayunaba a pan y agua, y el pan que comía era algo más de la mitad de un panecillo de ocho onzas y no más en las 24 horas del día[30].

Pedro Díaz de Rosas, practicante de cirujano, declaró sobre sus continuas disciplinas (azotes) que se daba todas las noches: *Me llamaba repetidas veces el siervo de Dios y encerrándose en su celda o en la despensa de la portería, le curaba y lavaba las espaldas. No sólo le hallaba lastimado de los golpes, la carne toda molida, la piel sajada y los rasgones llenos de materia, sino que estaba cargado de cilicios y rodeada la cintura de una gruesa cadena de hierro, y lo curaba, no sólo con devoción y amor por la mucha confianza que tenía, sino con confusión y grima, viendo aquel siervo de Dios hecho pedazos, siendo su vida tan inocente como todos la conocían. Estaba tan descarnado y flaco que se le podían contar uno a uno todos los huesos del espinazo y costillas*[31].

Una vez las heridas fueron tan grandes que le vino mucha fiebre y tuvo que guardar cama y pedir que lo curasen. *El Prior hizo llamar a tres cirujanos, los mejores de la ciudad y, habiéndole descubierto, le hallaron una hinchazón y tumor a manera de un gran pan que le cogía de un lado al otro, y de alto a bajo la espalda. Les causó horror la vista de cosa tan peregrina y fueron todos del parecer que, sin ponerle madurativos ni emplastos, se debía abrir luego para sacarle, no sólo las materias (fétidas), sino la carne podrida.*

Comenzaron a sacar los instrumentos y, haciendo acomodar al siervo de Dios en forma que pudiesen ejecutar su manufactura, dándoles toda la espalda y el rostro a la almohada y tendiendo a un lado y otro los brazos, quedó puesto en forma de cruz, esperando el sacrificio. Uno de ellos, con una buena navaja le

---

[28] Meléndez, p. 470.
[29] Meléndez, p. 477.
[30] Meléndez, p. 495.
[31] Proceso apostólico, testigo 46; Meléndez, p. 479

hizo una sajadura muy profunda de alto abajo y le cruzó por el medio de costado a costado... Parecía que descarnaban a un hombre vivo para hacer la anatomía de sus más menudos huesos... Él parece que estaba hecho de piedra al dolor y de diamante al acero, ni se quejó, ni se le oyó una palabra, ni se le vio un movimiento que indicase que era él en que se hacía aquel destrozo cruel... El mismo martirio se repitió en una segunda cura... con la misma paciencia y sufrimiento de fray Juan... Preguntado después que cómo no se quejaba, respondió: "Hacía cuenta de que estaba en el tribunal de Dios y que me daban aquellos castigos por mis pecados"[32].

El testigo Pedro Zúñiga declaró que *vio un día cómo el barbero, en vez de cortarle la barba, le arrancaba el pelo y le cortaba la cara, pero él no mordía los labios ni contraía el rostro. Su rostro parecía de piedra o de bronce. Y al levantarse lo hizo con cara alegre, jovial y tenía el cutis terso y blanco y bello, de modo que parecía como si tuviera luz y esplendor*[33].

Con frecuencia le visitaba Don Pedro de Gárate, caballero de la Orden de Santiago y alguacil mayor de la Inquisición de Lima. Y viendo a fray Juan muy enfermo de los ojos, dolencia en él habitual en los últimos años, le rogaba que se recogiera de noche en la celda y no saliese a los claustros ni a la iglesia, porque le haría daño el relente de la noche. Él escuchaba el consejo, pero respondía: *Sepa, hermano, que no puedo sosegar un punto en la celda. Y así me voy a la iglesia a ponerme delante del Señor y de su bendita Madre. Porque, aunque soy tan miserable y tan grande pecador, se ofrecen tantas necesidades por qué pedir a Nuestro Señor que no puedo excusar de ir de noche a la iglesia*[34].

Por otra parte, nuestro santo tenía mucha amistad con san Martín de Porres y con él hacía penitencias. Según afirma uno de los testigos del Proceso de san Martín de Porres: *Las Pascuas del Espíritu Santo tenía* (san Martín) *devoción de irse a holgar con dos camisas que pedía de limosna, de jerga. Una de las dos camisas de jerga era para fray Juan Macías, su camarada y amigo, con las cuales se mudaban los dos siervos del Señor y juntos se iban al platanal que tiene la huerta de la Recoleta* (donde vivía fray Juan) *y allí hacían oración toda la Pascua con grandes penitencias de disciplinas*[35].

---

[32] Meléndez, pp. 480-481.
[33] Proceso apostólico Nº 55, párrafo 53 del tomo 15.
[34] Proceso diocesano, testigo 10.
[35] Proceso de beatificación de fray Martín de Porres, editado por el secretariado de san Martín de Porres de Palencia en España y que contiene los Procesos de 1660, 1664 y 1671, p. 397.

Otra de las penitencias de fray Juan era salir a la ciudad. *Cuando salía de casa, sólo era por grave necesidad o mandato del Prelado* (Superior), *los ojos siempre en el suelo, sin permitir desmanes a la vista*[36].

Y, a pesar de todos sus sufrimientos padecidos por amar al Señor, nunca se quejaba y repetía constantemente sus jaculatorias favoritas: *Bendito sea Dios, gracias a Dios*[37].

10. EL DEMONIO

Otros grandes sufrimientos debía soportar de mano de los demonios. Al igual que en la vida de todos los santos, Dios permitió que el diablo se le pudiera manifestar para hacerle sufrir y, de esa manera, conocer mejor la existencia del mal y ofrecer sus sufrimientos por los pecadores que están en camino de eterna condenación.

Se le aparecían visiblemente los demonios en numerosos ejércitos, que no podía contarlos, y en horrorosas figuras que no podía tolerar su vista, amenazándole de que habían de matarle y vengarse en su persona si proseguía con sus ejercicios.

Otras veces, poniéndosele delante una gran multitud de ellos, le voceaban y gritaban con unas voces horrendas: "Traidor, embustero, hipócrita. ¿Piensas que tienes algo ganado con Dios? ¿Por ventura ignoras que Él conoce todas tus maldades y sacrilegios? Te estás matando a ayunos y disciplinas, si al cabo has de venir con nosotros a ser preso en el infierno". Pero el siervo de Dios se acogía en estos lances a pedir misericordia, llamando en su ayuda a Dios, a la Virgen, Nuestra Señora, a san Juan evangelista, a san José y a otros santos, sus devotos, y, haciendo la señal de la cruz contra los enemigos, los hacía ir corridos huyendo de su presencia.

En otras ocasiones, estando recogido en su celda, entraban infinitos de ellos con mucho tropel y ruido y, cogiendo por los pies al siervo de Dios, lo sacaban arrastrando por el dormitorio al claustro con grande algazara y risa; unos le daban puñadas y bofetadas, otros le pisaban el vientre y la cabeza, y otros le arañaban el rostro hasta que, invocando los nombres de Jesús, María y José, se iban los enemigos, dejándolo molido y arañado[38].

---

[36] Meléndez, p. 473.
[37] Meléndez, p. 532.
[38] Meléndez, pp. 489-490.

Los más de los días amanecía el siervo de Dios todo arañado, lastimado y lleno de cardenales en el rostro, pero admiraba (a los religiosos) *que volviéndolo a encontrar y mirándolo con atención y cuidado, le veían el rostro limpio, sano y sin señal de arañazos ni cardenales*[39].

A veces, lo arrojaban por el aire, pero, invocando los sagrados nombres de Jesús, María y José, lo dejaban... Lo mismo sucedía, cuando estaba haciendo oración en la iglesia. Entre muchos lo cogían, lo peloteaban con gran velocidad, hiriéndole de camino y moliéndole con fieros golpes hasta que, usando de su ordinario medio de invocar a Jesús, María y José, se hallaba de repente como antes, hincado de rodillas en el altar[40].

En ocasiones, pintaba con un carbón unas cruces pequeñitas por las paredes en los lugares donde se le aparecían y, cuando entraba en la iglesia, llenaba la mano de agua bendita y se rociaba todo el rostro con ella y la cabeza, pero en todas las situaciones se valía de su jaculatoria: "Jesús, María y José sean conmigo"[41].

Lo que más le hacía sufrir era la condenación de algunos conocidos por quienes oraba. *Un día, estaba el siervo de Dios en conversación con Pedro Ramírez. Habiéndole dicho que acababa de morir en la ciudad cierta persona rica y poderosa…, al punto fue arrebatado y, quedando como fuera de sí, le dijo a Pedro Ramírez: "Más le valiera no haber nacido, porque su mando y riquezas le han servido de condenación y me ha costado muchas diligencias y oraciones que he hecho a Dios por él y no le han aprovechado". Y, dicho esto, volvió en sí y advirtió Pedro Ramírez que le había pesado de haberlo dicho, porque se puso más triste de lo que estaba y a toda prisa dejó la conversación y le despidió con un abrazo*[42].

---

[39] Meléndez, p. 490.
[40] Ibídem.
[41] Meléndez, p. 492.
[42] Meléndez, p. 519.

11. DONES SOBRENATURALES

a) CIENCIA INFUSA

Diecisiete testigos hablan en el Proceso de esta ciencia infusa y divina sabiduría de fray Juan. Su confesor el padre Gonzalo García aseguró: *Tenía perfecta inteligencia de los misterios divinos y mucha eficacia, hablando y razonando de las grandezas de Dios como lleno del Espíritu Santo, demostrando grandeza de ingenio en todo lo que decía, tratando de materias muy difíciles con soluciones acertadas, sin haber hecho nunca estudios en facultad alguna. De modo que los que le oían estaban maravillados y decían que lo que sabía no podía saberlo, sino iluminado y enseñado por el Espíritu Santo. Porque fue tenido por doctísimo y que sabía muy bien todo cuanto era necesario. Era tenido por hombre santo y apostólico.*

Lo sé por haber sido su confesor y haberle tratado y hablado con él muchos años en la Religión[43].

b) RESPLANDORES SOBRENATURALES

El padre Juan López, que había sido Prior de la Magdalena declaró: *El siervo de Dios, fray Juan Macías, hacía todos los días de comer aparte para los pobres que acudían a la portería, a los cuales, por su propia mano, hincado de rodillas, les repartía la dicha comida y lo que sobraba ordinariamente en el refectorio, porque él lo recogía siempre para sus pobres. Este testigo le asistió tres años, ayudándole a repartir la comida y con particular cuidado notó muchas veces que, mientras el dicho siervo de Dios estaba hincado de rodillas, repartiendo la comida a los pobres, le relumbraba el rostro, que parecía que arrojaba rayos de él, se le ponía el rostro hermoso como de un ángel, siendo así que él era un hombre menudo de rostro y flaco, de lo que este testigo se compungía y daba muchas gracias a Dios*[44].

Esos resplandores del rostro le venían también cuando se acercaba a comulgar.

Una tarde, estaba visitando al siervo de Dios el doctor Baltasar Carrasco y el siervo de Dios lo llevó a que viese la despensa en que tenía

---

[43] Proceso apostólico Nº 39, párrafo 2, tomo 1.
[44] Meléndez, p. 512.

las legumbres para sus pobres. *Estaba la despensa muy bien dispuesta y, viendo el doctor tanto y, considerando entre sí, lo mucho que sobraba en la despensa, ya que salía de ella para el sustento de tantos, pareciéndole imposible sin especial maravilla, volviéndose al siervo de Dios le dijo: "A fe, padre fray Juan, que si estos trojes* (despensas) *hablaran, dijeran hartos secretos del cuidado que Dios tiene con ellos". Y oyéndole el siervo de Dios, sonrosándole el rostro y con grandísima humildad, le respondió: "Todo es de Dios, hermano doctor, y crea que, si pudiera decirse, ha obrado Dios aquí mil maravillas por su infinita misericordia. Él sea bendito por siempre y para siempre". Y dice el doctor Carrasco: "Cuando decía eso fray Juan, se le puso el rostro resplandeciente con un modo de luz y veneración, quedando por este medio más enterado de la virtud del hermano y de la verdad del concepto que había hecho de que Dios le aumentaba las legumbres para que tuviese con qué ejercitar sus limosnas*[45].

Los tres últimos días de su vida fueron excepcionales. El doctor Marcelo de Rivera, que era su médico de cabecera, dice que fue a verlo y encontró la puerta de su celda cerrada. Tocó y nadie respondía; y vio entre las rendijas y por la cerradura que salían como llamas de fuego. *Parecía que la celda se estaba incendiando. Fue corriendo a avisar a los religiosos. Los primeros en llegar fueron fray Juan de la Magdalena y el hortelano. La puerta no hizo resistencia, entraron y no había ni sombra de incendio. Fray Juan estaba vestido, de rodillas sobre la cama, con las manos juntas y en oración, con los ojos dirigidos hacía el cielo. Lo llamaron y, después de un rato, exclamó: "Gracias a Dios"*[46].

c) PERFUME SOBRENATURAL

El padre Meléndez refiere: *Era admirable el buen olor que salía de su cuerpo a pesar de que la sangre podrida que salía de sus azotes, cadenas y cilicios, debía oler muy mal. Un día llamó a un mozo de los que solían comer en la portería y le pidió que con un alfiler le sacase un pique* (animalito pequeñísimo que se mete en la carne). *Estándoselo sacando, fue tan grande la fragancia y olor que sintió salir de su cuerpo virginal que no halló a qué compararlo y, tanto gusto le causó, que de propósito se detuvo en el oficio más de lo que convenía*[47].

---

[45] Meléndez, p. 511; Proceso apostólico, testigo 13.
[46] Proceso diocesano Nº 67, párrafo 48, tomo 15.
[47] Meléndez, p. 552.

d) INVISIBILIDAD

En algunas ocasiones se hacía invisible, cuando no quería recibir visitas que iban a servirle de disipación. Fray Antonio Espino refiere que, *siendo niño, solía ir a jugar con otros de su edad al cementerio de la iglesia de la Magdalena. Una tarde le llamó el siervo de Dios fray Juan y le dijo que se asomase a la puerta y viese calle arriba si venían unos coches. Tendió a la calle la vista y vio los coches, avisó al siervo de Dios y no tardaron mucho tiempo en llegar. Venían en ellos ciertos Oídores de la Audiencia real de Lima, que entraron en el convento preguntando por fray Juan. El Prior los salió a recibir y, entendiendo su demanda, envió a llamar al siervo de Dios; pero, habiéndolo buscado en la portería y lugares secretos de ella y después por el convento y las celdas y en la huerta, no pudieron dar con él, de modo que cansados de esperar, se despidieron y, subiendo en sus coches, se alejaron del convento. Apareció entonces el siervo de Dios, que no se había apartado de su portería, porque, apenas se fueron los Oídores, cuando, sin ver que viniese de otra parte, le vieron en su lugar, por lo cual tuvieron por cierto que Dios, por don especial, le había hecho invisible, para que no recibiese la visita. Cuando, habiéndolo llamado el Prior, le preguntó que dónde se había ido, respondió que no se había apartado un solo punto de su portería. Y le dijo: "Padre Prior, no todo lo que se quiere, conviene"*[48].

e) BILOCACIÓN

Juan López de Iparraguirre, mercader, haciendo viaje a España se fue a despedir, ofreciéndose que, si le mandaba algo, se lo dijese. El siervo de Dios le pidió que en Sevilla le hiciese pintar un lienzo de Nuestra Señora del Rosario, sentada en una silla con nuestro padre san Francisco al lado derecho, recibiendo del niño Jesús el cordón, y con nuestro padre santo Domingo al izquierdo, recibiendo el rosario de mano de la Señora. Embarcóse, llegó a Sevilla y olvidóse de lo que le había pedido el siervo de Dios. Trataba de volverse al Perú sin la pintura y, estando un día parado en una calle, hablando con otros hombres, vio clara y distintamente al siervo de Dios… Estúvolo mirando mucho tiempo, de manera que no pudo dudar de lo que veía, admirado y no sabiendo qué pensar ni decir. Entonces se acordó de la encomienda. Mandó hacer la pintura, la trajo a Lima, donde llegó pocos días después de haber muerto

[48] Meléndez, pp. 485-486.

el bendito portero, y hoy está el lienzo en la sala de la portería de su convento de la Magdalena[49].

Un día fue Gregorio de Verastain al puerto del Callao a sus negocios y, *volviendo a la noche a su casa, le preguntó su mujer* (Catalina de Canelas) *que cómo le había ido. Y él respondió que muy bien y que había tenido mucho gusto, porque había comido en el Callao en compañía del siervo de Dios fray Juan Macías. Quedó absorta y admirada de oír esto la mujer y le preguntó la hora y, respondiendo el marido que les habían dado las dos de la tarde estando comiendo, le replicó la mujer: "Pues a esa hora misma estuvo aquí conmigo mucho tiempo, sentado en esa silla y tratando de cosas de Dios". Y afirmando el marido en lo que tenía dicho, ambos a dos, con singular admiración de un prodigio como éste, dando mil gracias a Dios, se dieron los parabienes el uno al otro de tenerle por amigo*[50].

Doña Catalina de Cabrera vivía en Ica y tenía una hija de seis años llamada María de Ocampo. Un día la niña perdió la llave de un escritorio y la madre, enojada, habiéndola reñido de palabra, la quiso azotar. Para ello la encerró en un aposento. *Y, al punto que echó llave a la puerta, vio entrar por su casa a un religioso lego de Santo Domingo que, saludándola cortésmente, pidió por la niña, la hizo sacar de su encierro y la agasajó en sus brazos. Y le dijo: "Quiera mucho su Merced a esta niña, que es para el cielo, la llave aparecerá, quédese con Dios"... Se fue y, entrando la niña a la cuadra de la casa, salió diciendo: "Señora, aquí está la llave, que el padre me la dio"... Murió la niña dentro de muy pocos días y fuése al cielo y, después de algunos años, viniendo la mujer a esta ciudad, fue a visitar el sepulcro del siervo de Dios* (ya muerto) *y, al ver su retrato, conoció evidentemente que era el mismo que había estado en su casa en Ica, no habiendo salido el siervo de Dios de Lima para parte tan distante mientras vivió*[51].

[49] Meléndez, p. 574.
[50] Meléndez, p. 571.
[51] Meléndez, p. 572.

f) LEVITACIÓN

Dice el padre Juan Meléndez: *A veces estaba tan embebido en alta contemplación que, suspendida la pesadumbre del cuerpo como si fuera de pluma, volaba a unirse al bien que se le daba a gozar por medio de la oración, y le hallaban elevado y levantado del suelo perseverando grandes ratos en esta forma*[52].

Doña Sebastiana Vera entró una mañana en la iglesia a oír misa y mandó a una esclava suya que fuese a la portería a ver si estaba desocupado el siervo de Dios para hacerle una visita. *Fue la esclava, halló la puerta cerrada y, por la redecilla que estaba abierta, asomándose, descubrió al siervo de Dios, hincado de rodillas delante del Santo Cristo y que estaba elevado de la tierra... La misma Doña Sebastiana fue a ver y, asomándose por la misma redecilla, vio al siervo de Dios en la forma que la esclava le había dicho: en oración, de rodillas delante del Santo Cristo y levantado de la tierra*[53].

El padre Luis de Espino, siendo novicio, bajó una noche a la iglesia a matar (apagar) *las luces del altar mayor y chocó con la cabeza con alguna cosa, alzó el rostro con algún susto y vio al siervo de Dios todo suspenso en el aire y tan alto que, pasando por debajo de él, le pudo tocar, aunque levemente, con la cabeza los pies.*

Su confesor afirma que muchas veces solía hallarlo en su portería, hincado de rodillas con el rosario en la mano... y estaba elevado de la tierra hasta que, volviendo en sí, proseguía su rosario...

Miguel Treviño, siendo muchacho, iba muchas veces al convento especialmente a la hora del mediodía... y, al salir, solía hallar las más de las veces cerrada la portería y al bendito fray Juan delante del altar del Santo Cristo, hincado de rodillas, puestos los ojos en la sagrada imagen y levantadas las manos, elevado, y muchas veces suspenso en el aire, levantado de la tierra...

El hermano Cristóbal de Herrera, donado del mismo convento…, buscando una noche al siervo de Dios, no habiendo podido hallarle, se echó a dormir en un poyo de la capilla de la portería y despertando a deshora, vio toda la capilla más clara que el día y al siervo de Dios fray Juan levantado del suelo con los brazos abiertos y extendidos en forma de

---

[52] Meléndez, p. 541.
[53] Ibídem.

cruz. Y el siervo de Dios le dijo al día siguiente: "Hijo, no sea curioso, si cuando me ha menester no me halla, no me busque, sino vaya a recogerse"[54].

g) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Es el conocimiento de ciertas cosas que sólo pueden conocerse por revelación sobrenatural. Según el padre Meléndez: *Era cierto y averiguado que el siervo de Dios fray Juan conocía las personas que venían a buscarlo antes de verlas. Unas veces, sin tocar la campanilla, abría y las recibía; y otras, sin abrir la puerta, les hablaba desde adentro por sus nombres, lo cual sucedió con algunas personas, especialmente con Antonio de Alarcón y el doctor Francisco Carrasco que lo declaran en el Proceso*[55].

Fray Juan de la Magdalena refiere que estaba una tarde conversando con el siervo de Dios, cuando vieron acercarse por la calle a un hombre vestido de negro con pasos muy graves y mucho empaque. Le miró fray Juan Macías y dijo:

- *¡Ay, pobre de mí! Aquel hombre viene a comer y no tengo cosa que darle.*

Entraron en la portería. Desapareció breves momentos y, cuando el hombre llegó, le dio de comer una tortilla de huevos, un plato de pescado y una porción de frejoles, todo caliente y humeante como acabado de hacer, más un pan y un vaso de vino.

Después de comer, el hidalgo se despidió con mucho agradecimiento y cortesía.

Fray Juan de la Magdalena había notado la prontitud con que se había puesto la mesa. Y ponderando entre sí lo caliente y pronto de los manjares, y pareciéndole mucho por lo intempestivo de la hora, se fue a la cocina y averiguó que no sólo no le habían dado nada, sino que no había lumbre para calentar la comida, ni en qué poder hacer la tortilla.

Sin salir del asombro, le preguntó: "¿Ha venido ese hombre a comer alguna otra vez?".

---

[54] Meléndez, pp. 542-543.
[55] Meléndez, p. 563.

Respondió fray Juan: "No, no ha venido nunca". Esto le admiró mucho más.

Una tarde llegaron dos clérigos al convento para verlo, pues no habían entrado nunca en él. Al salir, llamó fray Juan a uno de ellos, le metió consigo en la despensa de la portería y le dio siete varas de lienzo para dos camisas y dinero para la hechura. El clérigo agradeció la limosna. Cuando salió, le preguntó el compañero: "¿Para que le ha requerido el padre portero?".

Explicó ingenuamente: "Este padre sin duda es un gran santo, pues sin conocerme ni haberme visto en su vida supo mi necesidad y me lo ha remediado. Hallábame sin camisa y me ha dado dos"[56].

En las actas del Proceso de Lima se lee el caso de una señora que se dedicaba a la prostitución para sobrevivir. Un día fue a la portería a pedir ayuda a fray Juan y él le dijo que no podía ayudarla, si no cambiaba de vida. *Si cambias*, le dijo, *todos los días alguien te llevará de comer. Yo me encargaré de ello.* Ella aceptó el pacto. Pero un día cayó de nuevo en el pecado y ese día no le llegó la comida. Al ir a reclamar, fray Juan le dijo que había pecado. Ella lo reconoció y fray Juan la mandó a confesarse con el padre Gonzalo García. Y de nuevo recibió de comer como le había prometido.

Otro día fue a visitarlo el padre Juan de Palacios con un cierto hombre desconocido, que se hacía llamar el capitán Navarro, por haber sido capitán en la guerra de Chile, en que sirvió muchos años. *Fray Juan tomó del brazo al capitán, lo llevó a la capilla y ante la imagen del crucificado le dijo: "Mire, hermano, a este Señor y tema a Dios y cuide de su alma". El capitán quedó pasmado… Pocos años más tarde, habiéndose ido de la ciudad, le cogió al capitán la última enfermedad en el valle de Jauja, a 50 leguas de Lima y, viendo que se moría, alumbrado de Dios, se dolió de su miseria, confesó públicamente que era religioso apóstata de cierta Orden de una provincia de España y que, después de ordenado diácono, desamparó el convento por ciertas contradicciones que tuvo con su Prelado y, vestido de seglar, pasó a las Indias y al reino de Chile, donde, asentando plaza de soldado, subió hasta capitán de infantería.*

Vuelto al Perú, había corrido mucha parte de él y estado en muchas ciudades con buena reputación y había vivido 30 años en esta su

[56] Proceso diocesano, testigo 9.

apostasía. Halláronse en la ocasión dos religiosos graves de su Orden en aquel Valle y, enviándolos a llamar, se confesó con uno de ellos con grandes muestras de arrepentimiento y, vistiendo su hábito murió en él y fue fama y voz común que, a la hora de la muerte, se le apareció san Vicente Ferrer, de quien había sido muy devoto, y le acompañó en las ultimas angustias de aquella hora. También se dice que nunca dejó de rezar las horas canónicas ni el rosario de Nuestra Señora[57].

Andrés Martín de Orellano, comunicando un día al bendito fray Juan sobre la compra de un navío que quería hacer, le respondió: "No lo compre, que no le está bien". Y fue así, porque comprándole otro, de allí a quince días se perdió el vagel cargado.

En otra ocasión le comunicó el mismo Andrés Martín que quería comprar un obraje de ropa de tierra, proponiéndole que imaginaba ganar en él más de veinte mil pesos. El venerable fray Juan le dio la misma respuesta: "No lo compre que no es tanto como piensa". Compróle otro y, dentro de breve tiempo, perdió los veinte mil pesos que pensaba ganar Andrés Martín[58].

Un día pasaba por fuera de la puerta del convento una mujer y la llamó el siervo de Dios. Le dijo: *Venga acá, ¿cómo no teme a Dios?" La mujer quedó turbada, porque en su vida no había ni hablado ni conocido al siervo de Dios y, entre confusa y avergonzada, le preguntó: "¿Por qué lo dice vuestra reverencia?".* Respondió: *"Porque no hace vida con su marido".*

- *Padre, yo estoy casada con un hombre que quiere que le sustente y pague la casa. Véalo allí vuestra reverencia.*

Lo llamó el bendito hermano y, de la misma manera que a la mujer, le preguntó:

- *Diga, hermano, ¿por qué no teme a Dios? ¿No sabe sus obligaciones? El marido que no sustenta a su mujer ni le da lo necesario, ¿qué espera sino que ella lo busque por otros medios contrarios a su conciencia y a Dios?*

- *Padre, yo soy un pobre soldado, sirvo al rey, sus pagas son dilatadas y le digo a mi mujer que, pidiendo prestado y con su costura, podemos*

[57] Meléndez, pp. 520-521.
[58] Meléndez, p. 567.

pasar hasta que me pague el rey, que entonces pagaremos lo que nos dieren prestado. Si no tengo otro oficio, ¿de dónde lo he de sacar? ¿He de ir a hurtar?

- *No se desconsuele, sean amigos y vivan como Dios manda, que yo cuidaré desde hoy de enviarles de comer todos los días.*

Y el siervo de Dios les acudió, mientras vivió, enviándoles la comida[59].

Había en Lima dos hermanas doncellas de buen linaje, pero tan pobres y tan destituidas de todo socorro humano que llegaron un domingo a no tener en su casa ni un bocado de pan que comer ni un cuartillo con que comprarlo. Desesperadas de todo punto del remedio de la tierra, se fueron a la iglesia a oír misa y encomendarse a Nuestro Señor… y el siervo de Dios, sin haberlas visto jamás , con un sirviente que tenía en la portería, les envió sobre una tabla algunos platos nuevos, llenos de comida, cubiertos con una servilleta y en una cestica el pan que había menester para aquel día… Lo dejó el criado en casa de las mujeres y despidióse de la criada, diciéndole que lo entregase a sus amas. No tardaron mucho ellas en volver de misa…

Y, habiendo visto el regalo, no quisieron tocarlo, porque entendían que el que lo trajo había errado la casa y no era para ellas, sino para otra persona; pero, viendo que había pasado mucho tiempo y no volvían por la tabla, imaginaron que Dios, por aquel camino, había querido remediar su necesidad y comieron lo que había en los platos y pasaron aquel día con abundancia…, hasta que, después de muerto el siervo de Dios, se persuadieron de que nuestro buen portero había sido el profeta de su necesidad y el autor de su socorro, publicando el beneficio para la gloria de Dios y de su siervo[60].

Francisco Carrillo era un español a quien el siervo de Dios llamaba paisano y estaba tullido. *Una tarde fue fray Juan a visitarlo a su casa y le dijo a su mujer: "Esté su Merced prevenida de la mayor conformidad, porque esta noche a las ocho se le ha de caer toda la casa menos este cuarto del patio, donde podrá pasar a mi paisano y su ropa". Con esto se despidió el siervo de Dios y ella dijo a su marido lo que le había pasado, pero él no quiso creerla ni consintió que le pasasen al patio, aunque su*

[59] Meléndez, pp. 522-523.
[60] Meléndez, p. 510; Declaración de Antonia de Vega y Lucrecia Guardiola en el Proceso apostólico, testigo 65.

mujer le instó mucho a ello. Pero, no dudando ella de la profecía del siervo de Dios, pasó toda la ropa y dejó solo al marido. Y, al dar el reloj aquella noche la campana de las ocho, se cayó toda la casa, menos el patio. Afligida la mujer, pensando que entre las ruinas habría perecido su marido, fue Dios servido que lo hallaron vivo… Lo sacaron, después de harto arrepentimiento por no haber querido dar crédito a las palabras de su paisano. Pero, apenas amanecido, el siervo de Dios volvió a la casa y dijo a la mujer: "¿Es posible que hubo de ser tan incrédulo mi paisano? Dios se lo perdone, porque me tuvo toda la noche como su Majestad sabe para que no peligrara". Hízoles una limosna para ayuda de reedificar la casa, que, por ser nueva, había dudado el hombre que se pudiese caer, pero por mal cimentada se había venido al suelo[61].

El doctor Jácome Adaro le daba muchas limosnas para los pobres. Cayó enfermo y una tarde, a la hora de las tres, le fue a visitar el siervo de Dios y, hallándole con buen semblante, alentado y sin señales de riesgo, luego que le vio, le dijo: "Señor mío, para estas ocasiones son los amigos. Su Merced se muere y tan en breve que no ha de llegar a mañana. Haga su testamento, confiésese y reciba los santos sacramentos". El enfermo respondió que no sentía en sí ninguna señal de muerte ni el médico le había desahuciado, pero él instó de tal manera que hizo llamar al confesor y al escribano. Se confesó, acabó su testamento y recibió todos los sacramentos. Concluidos los oficios, se despidió y, a las nueve de la noche, murió el enfermo, cumplida la profecía del siervo de Dios[62].

El capitán Don Luis de Alvarado fue gran amigo y devoto del siervo de Dios y le hacía grandes limosnas. *Cayó enfermo de peligro y Doña Teresa de Alvarado, su hija, deseando la salud del padre enfermo, envió al siervo de Dios diez reales de a ocho para que en el convento le dijesen misas por su vida* (de salud). *El siervo de Dios le respondió con el criado que llevó el dinero que haría decir las misas por el alma de su padre, porque era la voluntad de Dios que se muriese y que así se lo avisase, para que se dispusiese para la hora tremenda. La hija dio este recaudo a su padre, se confesó y recibió el viático y la extremaunción y, al segundo día, expiró como el siervo de Dios lo había dicho*[63].

Don Antonio de Larazábal, de una herida de estocada que le dieron en la garganta, llegó a punto de morirse, porque los cirujanos lo desahuciaron y estuvo sacramentado. Y viéndole en este estado su suegra,

[61] Meléndez, p. 557.
[62] Meléndez, p. 559.
[63] Meléndez, p. 563.

Doña Isabel de Ávila, envió deprisa un recaudo al siervo de Dios fray Juan, a quien conocía mucho, rogándole que encomendase a Dios al enfermo y le pidiese por su vida. El siervo de Dios le respondió: "Que no tuviese pena que su yerno sanaría con brevedad·. Y así sucedió que, contra la esperanza de tres cirujanos, quedó sano y convaleció antes de los nueve días[64].

Pedro Ramírez tenía una cantidad considerable de hacienda en un navío que esperaban en Lima de Panamá. *Hacía muchos días que no se sabía de él y corría la voz y fama por la ciudad de que se había perdido. Fue un día Pedro Ramírez a visitar a su amigo fray Juan Macías y, al pedirle que encomendase a Dios aquel navío porque corría que se había anegado y perdería en él mucha hacienda, el siervo de Dios le respondió: "Yo lo haré con muy buena voluntad, pero crea su Merced que el navío no se ha perdido y ha de venir al puerto a salvamento". Creyólo así Pedro Ramírez... y sucedió que el navío llegó a puerto sin lesión, pero contra la esperanza de muchos que creían que le había tragado el mar*[65].

Lorenzo Ruiz y Doña María Godínez de Luna, su mujer, cayeron a un mismo tiempo enfermos de dos diferentes enfermedades, que ambos llegaron a temer la muerte. Viéndose en tanto riesgo, le enviaron a llamar al siervo de Dios y le rogaron los encomendase a Dios. Los hijos y las hijas le rogaron lo mismo y el siervo de Dios les respondió: "Que se consolasen mucho, porque a su padre lo quería Dios y se lo quería llevar, pero que a su madre se la guardaría por entonces para que cuidase de ellos". Y sucedió como el bendito fray Juan lo afirmó, cumpliéndose la profecía, aun contra la esperanza de los pacientes; porque Lorenzo Ruiz no estaba tan en peligro y murió al tercer día, y Doña María Godínez, que llegó hasta las puertas de la muerte, sanó de la enfermedad y vivió muchos años después[66].

Visitando una tarde al venerable fray Juan una persona principal de la ciudad, al despedirse, le pidió el siervo de Dios que *luego que llegase a su casa le hiciese hacer una mazamorra* (bebida caliente que se hace con harina de maíz) *y se la enviase, porque le importaba mucho. Y, aunque el devoto se lo prometió, se la volvió a pedir repetidas veces* (ese día), *advirtiéndole que no se olvidase.*

---

[64] Meléndez, p. 564.
[65] Meléndez, p. 565.
[66] Meléndez, p. 566.

Olvidado de lo que le había pedido fray Juan y estando con su mujer, les enviaron de fuera con un criado una mazamorra. Y así que el hombre la vio, contándole a su mujer lo que había pasado con el bendito fray Juan, determinaron enviarle aquélla pues ya estaba hecha y, por ser tarde, no era tiempo de hacer otra. Llevósela él mismo sin fiarse de criados, aunque los tenía, por hacerle al siervo de Dios aquel obsequio. Tocó la puerta y salió el siervo de Dios y díjole su devoto: "Padre Juan, aquí le traigo la mazamorra que me pidió, que viene de todo gusto y yo le tendré muy grande de vérsela comer. A lo que el siervo de Dios le respondió, moviendo la cabeza: "¿Yo comer? Mira, eso no". La echó en un plato y la comió un perro y, al instante, reventó el pobre animal, de lo que quedó el hombre con sobrada admiración, atónito del suceso; y el siervo de Dios le dijo: "Mire su Merced de lo que se ha librado, sea muy agradecido a Dios, viva bien y guárdese de sus enemigos[67].

Una mujer muy rica le llevó de limosna un día doscientos reales de a ocho para sus pobres. *El siervo de Dios le dijo: "Vengan de muy buena gana que yo se los guardaré". Ella respondió: "No los traigo para eso, sino para que vuestra reverencia los reparta entre los pobres, porque Dios me ha dado mucho. El siervo de Dios calló y, recibiendo el dinero, lo dio a guardar al padre Prior de su convento hasta que se lo pidiese.*

El marido de esta mujer, yendo este mismo año a Portobelo, llevó gran copia de hacienda suya y, perdiéndose el navío en que iba, se ahogó con todos los embarcados en él. Los acreedores del marido difunto le quitaron a la mujer cuanto tenía y aun mucho más que tuviera, y no podía pagar lo que montaban las deudas. Quedó ella muy pobre y sin tener ni aun que llevar a la boca. Y un día, entrando en la iglesia de la Magdalena a oír misa, sin acordarse del siervo de Dios ni de los doscientos pesos, oída la misa, llegó a la portería a pedir un jarro de agua y el siervo de Dios, habiendo sacado del depósito el dinero, ya le esperaba con él y, habiéndole consolado, se lo entregó en el mismo pañuelo como se lo había dado, diciéndole: "¿Ve su Merced cómo fue bueno guardarlo?". Y la mujer se fue absorta del suceso y remedió con el dinero algunas necesidades hasta que halló otro marido con que salió de miserias[68].

[67] Meléndez, p. 554.
[68] Meléndez, p. 555.

h) MILAGROS EN VIDA

Había en el convento un huerto llamado Getsemaní. Allí iba fray Juan muchas noches a rezar y colgaba en un tronco, mediante un clavo, un rosario, que remataba en una cruz de madera, y entregábase allí a la oración desde las siete y media hasta las diez. Pero ni allí lo dejaban libre los demonios.

Fue el caso que, después de su santa muerte, como hubiesen crecido y extendídose demasiado los árboles del referido bosquecillo, mandó el Prior a cortarlos. Los compró el hijo de Doña Mariana de Sepúlveda, viuda del capitán Diego de la Serva, y dándolos a tornear a sus esclavos, hallaron éstos en uno de los troncos —precisamente en aquél, ante el cual oraba nuestro fray Juan— tanta resistencia, que de ningún modo pudieron dividirlo. Aplicáronle, pues, la sierra para cortarlo de arriba abajo; y ¡oh prodigio! ábrese al punto el madero en dos partes, y despréndese del mismo corazón del tronco una cruz de color gris, de diez dedos de largo, con su correspondiente peana, metida en un pequeño nicho, toda ella iba bien formada, pulida y hermosa, la misma que usaba el beato. Toda la ciudad acudió a ver con sus propios ojos el prodigio; y fue el parecer unánime de todos que Dios había querido mostrar por este medio cuán satisfecho aceptaba la oración de nuestro bienaventurado. Ambos trozos del tronco, en que se halló la cruz, fueron expuestos, en el convento del Rosario de Lima, a la veneración de los fieles; volviendo después el uno al poder de su dueño, y colocándose el otro en el altar colateral de Nuestra Señora de Belén, en la capilla del Crucificado, junto a la portería del convento de la Magdalena. La madera restante de éste árbol fue empleada en infinidad de cruces que se distribuyeron al pueblo en memoria del siervo de Dios y para satisfacer su devoción[69].

A veces se le aparecía san Juan evangelista en figura de un mozo como de edad de 18 ó 19 años, de buen semblante y, aunque vestido pobremente, decentemente compuesto, y llevaba los papeles, traía las respuestas y conducía sobre un asnillo los géneros que le daban como si fuera un mozo ordinario de los que había en la vecindad… El padre Domingo Pinel a quien antes de ordenarse de sacerdote lo pusieron por compañero del siervo de Dios en la portería y escribía los papeles para los bienhechores, dice: "Siempre o las más de las veces que había papeles que remitir, venía a la portería y los llevaba, y traía las respuestas un mozo de las señas que se han dicho sin que apareciese por allí en otras ocasiones ni para éstas fuese necesario buscarle; que, siendo pobre, como

[69] Cipolletti Jacinto, o.c., pp. 55-56.

aseguraba el vestido, pudiera venir alguna vez a comer o a llevar algo para sí y mucho mejor sirviendo, que entonces lo pidiera de justicia[70].

Juan de Lara, siendo mozo, acudía todos los días a la portería donde el siervo de Dios le daba de comer en compañía de otros pobres. Un día entre otros dice que, después de haber comido y recibido en su cesta lo que había de llevar, vio que la canasta de la que el siervo de Dios había sacado el pan, que repartió entre los pobres, estaba totalmente vacía y sin un pan; y, al despedirse, poniendo otra vez los ojos en la canasta, la vio tan llena que parecía no haber sacado de ella un pan tan solo, de lo que quedó bastantemente admirado, viendo una maravilla tan patente[71].

Ignacio de la Raya y Juan Esteban de Bilbao eran mulatos y músicos. Se ganaban la vida cantando por algunas iglesias. Cuando iban al convento de la Magdalena, le pedían un panecillo a fray Juan, porque no habían desayunado y debían cantar cinco o seis misas. Un día no estaba fray Juan y fray Dionisio les dijo que no había nada; incluso les mostró el arca y las canastas de pan para convencerlos. Después de un largo rato, apareció fray Juan y se acercaron a pedirle un pan. *Entonces el siervo de Dios entró en la misma despensa, acompañado de Juan Esteban y, levantando la primera de las canastas, que eran tres, y registrado bien, el siervo de Dios sacó un pan y se lo dio de muy buena gana al músico que lo recibió con pasmo y veneración, y salió a sus compañeros con el pan en las manos y les dijo: "Amigos, pan de milagro, pan del cielo". Les contó el caso y se lo repartieron y comieron, dando gracias a Dios por el prodigio*[72].

Declaró en el Proceso apostólico el padre Gonzalo García: *Una mujer llegó a la portería, llamó al siervo de Dios y le pidió un manto, significándole que se hallaba con dos hijas a quienes, para poder salir aquel día, había dejado encerradas como fieras, siendo hermosas, porque entre ella y las dos no tenían más que el manto que traía, con que ni podía sacarlas a misa ni oírla ella por no dejarlas sin guarda. Porque con un manto no podía ir más que una. El siervo de Dios la oyó, pero hallándose sin manto ni dinero con que comprarlo, le respondía que volviese otro día. Ella respondió: "No, padre mío, no me tengo de ir sin el manto. El manto me habéis de dar o me he de quedar aquí". Él le dijo: "Buena*

[70] Meléndez, p. 505.
[71] Meléndez, p. 507.
[72] Meléndez, p. 508.

mujer, ¿de dónde lo sacaré si no le tengo? Vuelva mañana que yo enviaré a casa de un amigo por el manto".

No hubo remedio de quererse ir la mujer, porfiando que le diese el manto. El siervo de Dios, consolándola, le dijo: "Pues espere su Merced que yo voy a la celda a ver si Dios me da algo con que poder remediarla". Esperó la mujer y dentro de breve rato salió el siervo de Dios con un manto nuevo en las manos y, dándoselo a la pobre, la despachó consolada y contenta, diciéndole: "Agradézcaselo a Dios que es el que la ha socorrido"[73].

Un día fue a su antiguo amo Don Pedro Jiménez Menacho para que le prestara un burrito para recoger ropa y alimentos para sus pobres. El señor Menacho le pidió que rezara por su familia y le regaló el burrito. Este burrito fue famoso en todo Lima, pues, después de haber acompañado a fray Juan varias semanas a recoger cosas para los pobres, pudo manejarse él solo.

Muchas veces iba solo el asnillo a los mandados sin más guía ni seguro que el de Dios, ni más gobierno que el freno de la obediencia. Iba derecho a las casas a que le enviaban sin trocar una por otra, cargando lo que el siervo de Dios pedía por un papel que llevaba entre la albarda y la cincha, y volvíase al convento sin que le faltase cosa, ni en el camino se le atreviese ninguno por verlo solo, que no es el menor prodigio.

Adonde más de ordinario solía enviar al asnillo era a las casas de Pedro Jiménez Menacho y Andrés Martín de Orellana, en el barrio de san Lázaro... Entraba el asnillo en la casa de Pedro Jiménez Menacho y cargándole de algunos cuartos de carne, para que el siervo de Dios diese a los enfermos, muchas veces no había remedio de hacerlo salir ni mover de un lugar; antes bien, con los ademanes que hacía, daba a entender que aún no estaba despachado, porque con las manos batía los ladrillos de la sala como que daba señas de otra cosa y, como ya tenían muchas experiencias de esto, le hacían buscar la albarda hasta que, hallando el papel que enviaba el siervo de Dios y, poniéndole donde iba el papel, el dinero que pedía, sin otra diligencia los dejaba y salía de la casa derecho al convento... Algunas veces, Pedro Jiménez se escondía en lo más retirado de su casa y entraba el asno en la casa y del patio a la sala y de ésta por las cuadras y piezas de toda ella se iba entrando hasta la alcoba de la misma cama donde Pedro Jiménez se escondía, cubierto de cortinas.

[73] Meléndez, p. 410.

En dando con él, paraba hasta que lo despedían, dándole lo que pedía el siervo de Dios.

De la casa de Pedro Jiménez distaba la de Andrés Martín Orellana la calle arriba, unos 300 pasos. Socorría con pan y otras limosnas al siervo de Dios y era prodigio que tenía llenos de asombro y admiración a todos cuantos le veían que, cuando el siervo de Dios enviaba al asnillo sólo a la casa de Andrés Martín, pasaba por la puerta de Pedro Jiménez Menacho como si no la viera, ni hubiera entrado en ella jamás, y se volvía al convento[74].

Era cosa averiguada que Dios le multiplicaba a su siervo fray Juan la comida que hacía en las ollas para los pobres. Los que lo declaran dicen que parece echaba Dios su bendición sobre aquellas ollas, porque muchos observaron que, algunas veces, era tanta la gente que acudía que, hecho el cómputo del número de gente, con lo que cabía en las ollas y la abundancia con que lo repartía, no había de haber ni aun para la mitad; y veían que, después de haber dado a muchos que comían en el refectorio y despachado grande número de ollas para fuera de casa, comían todos los del portal con tanta hartura que, aunque fueran muchos más, hubieran comido todos[75].

Algunas veces le decían los religiosos que le ayudaban en este ministerio: *"Padre fray Juan, muy poca es la comida para tanto pobre". Y respondía con humildad y los ojos en tierra: "Dios dará para todos". Y sin más introducía el cucharón en la olla que preparaba para ellos sin dejar de sacar lo suficiente para remediar la necesidad, como ampliamente se ha dicho por otros a los que me remito*[76].

Una señora, viuda y madre de dos hijas casaderas, pidió a fray Juan dinero para la dote. Él, sabiendo la necesidad, escribió un billete a un comerciante diciéndole: *Entregue a esta persona tanto dinero cuanto pese el papel.*

La señora tomó el escrito y miró al religioso triste y desconsolada. Pero no le dijo nada. Y fue a la tienda del comerciante. Le dio el papel. Después de leído, él cogió una balanza pequeña, puso en un platillo el

[74] Meléndez, p. 506; Proceso apostólico N° 38, párrafo 1, tomo 6.
[75] Meléndez, p. 507.
[76] Proceso apostólico, testigo 14.

papel y en el otro un peso. Mas el platillo no se movió. Puso otro real de plata. Tampoco se movió el platillo.

Sorprendido, tomó una balanza mayor y fue poniendo cinco, diez, veinte, cincuenta, ciento, quinientos, mil. Sólo entonces subió el platillo del papel.

El comerciante, viendo un caso tan prodigioso, quedó fuera de sí, viendo la cantidad a que ascendía el peso del billete. La señora y los circunstantes no quedaron menos admirados ni acababan de salir de su asombro: la señora, porque tal cantidad era la que necesitaba; los presentes, por lo insólito del caso.

El comerciante, viendo manifiesta la voluntad de Dios, entregó los mil reales a la señora. Ésta los recibió con profundo agradecimiento. Y fue luego a dar gracias también a fray Juan, que le dijo: *Dé gracias a Dios que la ha socorrido con la limosna que necesitaba para dotar a sus hijas*[77].

Estando preñada (embarazada) *Doña Agustina de Cordona, se le antojaron guayabas (una fruta deliciosa y suave) y, como no era tiempo de ella, no las pudieron hallar, aunque se buscaron con todo cuidado. Yendo el siervo de Dios a visitarla, le manifestó la preñada su antojo y que temía abortar la criatura. El siervo de Dios metió la mano en la manga y, sacando una guayaba grande y otras pequeñas, de las especies que la mujer pedía, se las dio y cumplió su antojo*[78].

Estaba la portería del convento cubierta de sólo esteras sobre unas varas de guayaquil..., y el siervo de Dios quería cubrirla de buena madera y tablas; y juntó entre sus devotos la limosna para ello. Deseaba que se acabase la víspera de la fiesta de santa María Magdalena, patrona de su convento, pero pocos días antes se le ofreció un embarazo (problema), *porque uno de los cuartones de roble que se había de poner y estaba ya labrado como los demás, al asentarle* (colocarlo) *se halló que venía corto y no alcanzaba porque tenía media vara menos. Le avisó el maestro de la obra al siervo de Dios y, aunque era muy fácil hallar otro, tenía dificultad el labrarle tan a tiempo que pudiera servir para la fiesta. El siervo de Dios le dijo que lo mirase y midiese bien que a él le parecía que no le faltaba nada. El artífice, delante del siervo de Dios, tomó una vara de medir, midió el cuartón y luego el ancho de la pieza y le hizo evidente*

[77] Declaración de Francisco de Borja y Doña María de Castro en el Proceso apostólico, testigo 112 y 116 respectivamente.
[78] Meléndez, p. 577.

demostración de la falta, por dos o tres veces, porque el siervo de Dios persistía en que tenía todo lo necesario. Y le dijo al maestro: "Suba su Merced el cuartón y veremos cómo viene. Subióle contra su gusto para dársela al venerable varón y, al ajustarle, se halló que había crecido lo que faltaba al ancho de la pieza y más de lo que había menester para entrar por los extremos en una y otra pared. Y el siervo de Dios dijo: "¿No ve, hermano, cómo yo decía bien?". El hombre calló admirado, porque sabía muy bien que el cuartón estaba corto y que había crecido de milagro[79].

Siendo de edad de tres años, Miguel Treviño tuvo un dolor de costado y unas calenturas lentas. Hiciéronle muchos remedios, que sólo sirvieron para consumirlo y ponerlo en lo último de la vida. Su madre llevólo a la Magdalena y mandó decir una misa por su salud; y, teniendo al niño en sus brazos, se le murió, porque naturalmente no estaba para otra cosa. Viéndole muerto su madre, estuvo más de una hora sin querer salir de la iglesia, llorando ella… El siervo de Dios, fray Juan, a las lágrimas, sentimientos y suspiros de la mujer y de la gente de su casa, fue a ellas y, apiadado de la aflicción de la madre, le puso al niño la mano en la cabeza y, al instante, abrió los ojos. Y para disimular el siervo de Dios el prodigio, les dijo: "Este niño no estaba muerto que lo guarda Dios para muchas cosas buenas. El niño vivió después y casóse y se ocupaba en pedir por la ciudad la limosna de la Cofradía del Santo Cristo de San Agustín con fidelidad y ejemplo[80].

Un devoto del siervo de Dios y de los pobres de la portería le había dado un esclavo negro, nombrado Antón, que por el siervo de Dios se llamaba Antón Macías. El fin con que se lo dieron fue para que sirviese y ayudase al siervo de Dios en los oficios de la portería. Barría, traía agua y en la cocina cuidaba de la comida que se hacía para los pobres. Un día fue a sacar agua al pozo que está en el mismo convento y, descuidándose el negro, saltó el brocal y cayó dentro del pozo.

Alborotóse el convento con la desgracia y acudieron los religiosos al pozo… El siervo de Dios esta parado en pie, como elevado y suspenso, ante un cuadro de San José que estaba sobre la puerta del refectorio y respondió a quien le hablaba: "Con el favor de Dios no será nada". Llegó el siervo de Dios al pozo y, desde el brocal, dijo:

- *Hijo Antón.*

[79] Meléndez, pp. 578-579.
[80] Meléndez, p. 581.

- *Padre.*

- *¿Estás bueno?*

- *Sí, padre.*

- *Pues amárrate bien con esa soga y te sacaremos.*

Echó la soga del mismo pozo y, atándose bien el negro, lo sacaron bueno y sano sin haberse hecho mal; y lo que es más admirable, enjuto y seco, sin haberse mojado el vestido, quedando todos cuantos se hallaban allí atónitos y suspensos de un prodigio como éste[81].

Doña Gertrudis Godínez, mujer de Andrés Martín de Orellana, cayó enferma de una enfermedad muy grave y tuvo grandes deseos de comer unas ciruelas en tiempo que no se hallaban ni se pudieron hallar en toda la ciudad, aunque se hicieron muchas diligencias.... Fue a verla el siervo de Dios para consolarla y, preguntando a la enferma si se le antojaba alguna cosa, respondió ella que tenía deseo de unas ciruelas. El siervo de Dios le dijo: Pues no tenga pena, hermana, que aquí se las traigo yo". Metió la mano en la manga y sacó de ella quince ciruelas tan hermosas y tan frescas como si las acabaran de coger del árbol. Comióse una la enferma y comenzó a mejorar de suerte que dentro de pocos días se levantó de la cama[82].

Nicolás de Villa estuvo tres meses enfermo de calenturas (fiebre) *desahuciado de los médicos y recibidos los santos sacramentos. Estando en este peligro, le fue a ver el siervo de Dios, compadeciéndose de él y le dijo algunas cosas de consuelo y, al fin, le preguntó, si le apetecía algo. Respondió que unas ciruelas. Había hecho la diligencia de buscarlas, pero no era tiempo de ellas ni es fruta que se puede guardar. Al punto el siervo de Dios, metiendo la mano en la manga del hábito, sacó tres de bellísima frescura y, poniéndole al enfermo una de ellas en la boca, le animó a que la comiese. Cosa rara, al punto que la probó, volvió plenamente en sí, porque estaba casi atónito con el mal, quedó bueno y sano y, dentro de tres días, se levantó de la cama*[83].

---

[81] Meléndez, p. 582. Este suceso tuvo mucha resonancia dentro y fuera del convento. Lo refieren en el Proceso varios testigos: El padre fr. Gonzalo García, el padre fr. Juan de Palencia, el padre fr. Francisco de Oviedo, el padre fr. Manuel Tamayo, el padre fr. Juan de la Torre, el padre fr. Francisco de Guzmán, fray Juan de la Magdalena (testigo) y otros 21 más.

[82] Meléndez, p. 576.

[83] Meléndez, p. 577.

12. AMOR A JESÚS EUCARISTÍA

Todas las noches iba a rezar a la capilla ante el altar donde estaba el sagrario con Jesús Eucaristía. *Todos los jueves del año, en que se hace renovación del Santísimo Sacramento, asistía a la misa cantada de rodillas, con tanto fervor de espíritu, silencio y recogimiento, que se le echaba de ver que estaba más en la hostia santísima, que adoraba, que en sí mismo. Tal era su devoción y atención al sagrario, y al viril, en que tenía clavados los ojos… En las octavas del Corpus Christi andaba como fuera de sí, enamorado de aquel manjar de los ángeles y de los hombres.*

Iba y venía mil veces de la portería a la iglesia en que estaba expuesto el Señor. No había rato desocupado en su puerta que no lo ocupase de rodillas en un rincón de la iglesia, donde, con más disimulo y sin perder de vista a sus amores en el altar y sagrario, perseveraba, adorándolo[84].

Cuando estaba en la portería y oía la campanilla que indicaba el momento de la consagración de la misa que se celebraba en la iglesia, se ponía de rodillas y quedaba absorto unos momentos[85].

En los ratos desocupados de su portería solía acudir a la iglesia a oír una u otra misa fuera de las que oía en la mañana antes de abrir la puerta, porque le tiraba el corazón al sacrificio santísimo y quisiera, si le fuera posible, no apartarse un solo punto de la vista del Señor sacramentado. Y sucedióle y sucedió muchas veces que, no teniendo lugar de desligarse de su oficina a la iglesia, en oyendo la campanilla que hacía señal al alzar la soberana hostia el sacerdote, hincarse de rodillas en su portería vuelto el rostro hacia la iglesia y Dios obraba una maravilla para consolar a su siervo y era que se abriesen las paredes de la iglesia y de la misma portería, como si fuesen vidrieras transparentes sin que ni unas ni otras le pudiesen ser de un embarazo (obstáculo). *Veía* (la misa) *desde donde estaba hincado de rodillas como si estuviera a un paso o no hubiera tantas paredes e impedimentos en medio*[86].

Era como si viera la misa por televisión. Por este fenómeno, que ocurría también en la vida de santa Clara de Asís, la Iglesia la nombró a ella patrona de la televisión.

---

[84] Meléndez, p. 534.
[85] Proceso diocesano N° 13, párrafo 3, tomo 2.
[86] Meléndez, pp. 534-535.

13. AMOR A MARÍA

Su amor a María era extremadamente grande. Llevaba siempre un rosario al cuello y otro en la mano izquierda y lo rezaba continuamente. *A veces, después de ser maltratado por los demonios, se le aparecía a su lado, rodeada de resplandores, la Soberana Reina de los ángeles, Madre de misericordia y consuelo de los afligidos, María, Señora Nuestra, que con un rostro sereno y apacible lo animaba y confortaba a resistir las furias infernales*[87].

Había días en que escaseaban los alimentos y fray Juan se retiraba a su celda a orar a Nuestra Señora en su imagen de Belén (que tenía en la cabecera de su celda). *Y hablando en su santa imagen le decía Nuestra Señora: "Juan, no te aflijas, confía en la bondad y poder de mi Santísimo Hijo Jesucristo, a quien le agradan tus obras. Envía por la mañana a pedir a fulano y a zutano, que sin duda te darán"... Obedeciendo el siervo de Dios, escribía a las personas que la Señora le había señalado y le acudían, de modo que salía del aprieto*[88].

Tenía mucha devoción a la Salve y acudía todos los días a ella con la Comunidad, cuando se cantaba solemnemente en la iglesia después de las Completas de la noche. El día que no podía asistir por algún inconveniente, se ponía de rodillas, mientras la cantaban, haciéndose presente con el corazón.

Tenía mucha devoción al rezo del rosario. Fuera del que rezaba a coros con la Comunidad de los religiosos legos y donados en la capilla de la Señora del Rosario, rezaba entre día otras tres partes enteras meditadas, de rodillas, que aplicaba a las necesidades de la Iglesia, por sí, por las personas que se le encomendaban, y por las almas del purgatorio.

La capilla de Nuestra Señora del Rosario era de noche el continuo lugar de su oración, el descanso de los trabajos del día. Acabado el rosario de la Comunidad, se quedaba en ella hasta maitines. Tenía allí en su sagrario personalmente al Hijo y en el nicho principal en su imagen a la Madre con el Hijo en brazos, con lo que gozaba de todo cuanto podía desear y gozar en el cielo y la tierra[89].

Un día vino un gran terremoto. Las puertas y las paredes temblaban. Todo eran voces de confusión y todos pedían misericordia a Dios. *Fray Juan quiso huir como los demás, pero apenas se movió para levantarse del suelo, cuando la*

---

[87] Meléndez, p. 493.
[88] Meléndez, p. 513.
[89] Meléndez, p. 536.

Reina de misericordia, Nuestra Señora, hablándole por la boca de su imagen, que está en el altar, le dijo amorosamente: "Hijo fray Juan, ¿por qué huyes estando conmigo? ¿No estoy yo aquí? ¿Por qué temes?... Al hablarle la imagen, fue tanta la luz que despidió de su rostro que se llenó la capilla de resplandores del cielo y su alma humilde de soberanos e inefables gozos[90].

Una noche de san Carlos Borromeo del año 1642, estando el siervo de Dios en la capilla de Nuestra Señora del Rosario de su convento a las tres de la noche…, vio todo el ámbito de la capilla poblado de luces celestiales. La soberana Reina de los cielos se le puso junto a sí en un trono resplandeciente con su santísimo Hijo Jesús muy pequeñito en sus brazos y, levantándolo por tres veces, hizo ademán de entregárselo con cariño, más de madre que de reina: "Aquí le tienes, hijo, pues lo deseas, recíbelo que yo soy quien te lo da, logra tus ansias y cumple tus deseos". Fray Juan, entre enamorado y humilde (comenzó a fluctuar en aquel golfo de luces, por una parte el amor le pedía que recibiese el inestimable don, y, por otra, su humildad se lo disuadía… Se excusó con la Señora de recibir en sus manos al niño Dios…, pero quedó por varios días con mucha alegría y gusto espiritual en el alma[91].

14. AMOR A LOS SANTOS

Juan Macías amaba mucho a san José y rezaba frecuentemente ante una imagen suya que había sobre la puerta del comedor[92].

Diversas veces le dijo a su confesor, padre Gonzalo García, *que tenía allí consigo, favoreciéndole con sus alegres y celestiales presencias, a Jesucristo, nuestro bien, a su Madre Santísima, a su alférez real y capitán general, amigo y compañero, san Juan evangelista, a nuestro glorioso patriarca Santo Domingo, a san Jacinto, san Luis Beltrán, santa María Magdalena y a muchos otros santos*[93].

También era muy devoto de las sagradas imágenes a las que reverenciaba con singulares afectos de su alma. Cuando pasaba delante de ellas, se quitaba la capucha y, bajando la cabeza con una reverendísima sumisión, daba a entender que tenía presente el original, a quien hacía aquella reverencia[94].

---

[90] Meléndez, p. 548.
[91] Meléndez, pp. 549-550; Padre Gonzalo García, Proceso apostólico, testigo 11.
[92] Meléndez, p. 537.
[93] Meléndez, p. 586.
[94] Meléndez, p. 532.

Cuando mandaba escribir alguna tarjeta para pedir ayuda, siempre comenzaba con Jesús, María y José. Veamos el ejemplo de una carta dirigida a Baltasar Carrasco.

Jesús, María y José. Dé Dios a vuestra señoría su santa gracia y le conserve en ella. Hermano doctor, déle por amor de Dios a este negro Antonillo para el pan de los pobres. Su hermano indigno de vuestra señoría. Fray Juan Macías[95].

15. ALMAS DEL PURGATORIO

Una de las características principales de la vida de san Juan Macías fue su amor y devoción a las almas del purgatorio. Muchos testigos certificaron en el Proceso que nunca lo habían visto sin tener el rosario en su mano izquierda. Lo tenía en la mano cuando partía el pan en el comedor, y cuando se le preguntaba por quién estaba rezando el rosario, siempre decía que por las almas del purgatorio.

Una noche, estando en la iglesia, le dieron voces de la capilla de enfrente, llamándolo por su nombre. *Alzó los ojos y vio un gran número de gentes que le pedían con lágrimas y suspiros los encomendase a Dios y aplicase por ellos sus oraciones, ayunos y penitencias. Le decían: "Siervo de Dios, acuérdate de nosotras, no nos olvides; socórrenos con tus oraciones en la presencia de Dios y ruega a su divina Majestad que nos saque de estas penas".*

Era tanta la multitud que parecía un gran enjambre de abejas y, entendiendo que eran las almas benditas del purgatorio, les respondió: "¿Qué puedo yo, santas almas, hacer ni pedir por vosotras, siendo un hombre tan miserable?". Y desde entonces comenzó a rogar por ellas, aplicándoles uno de tres rosarios, que de rodillas, rezaba todos los días y veinte estaciones al Santísimo Sacramento cada día; y de sus comuniones, una sí y otra no, con otras obras de piedad, ayunos y penitencias… Y le visitaban muchísimas almas, unas dándole gracias del beneficio que habían recibido, y otras, que no habían venido, le buscaban para empeñarle con Dios a que rogase por ellas. Y el siervo de Dios multiplicaba sus ruegos, doblaba sus penitencias y continuaba los ayunos[96].

Otra noche estaba en oración y oyó sobre el altar una gran palmada que estremeció la capilla y luego, inmediatamente, un suspiro triste y lastimero; y

---

[95] Proceso apostólico, testigo 13.
[96] Meléndez, p. 525.

entendió luego que era alguna alma en pena y le preguntó quién era. Le respondió que era el alma de fray Juan Sayago que venía a valerse de sus ruegos para con Dios; que tuviese lastima de él y procurase sacarle del purgatorio, porque estaba padeciendo atrocísimos tormentos.

Le prometió hacerle así y, aquella noche y las dos que siguieron, le aplicó todas sus obras interiores y exteriores a este hermano, que era un religioso lego de la misma Orden, que acababa de expirar en el convento del Rosario de Lima, y era a la misma hora en que, sacando de la enfermería el cadáver, lo habían puesto en la iglesia para enterrarlo al día siguiente... A los tres días, estando en el mismo altar, vio salir una visión hermosa y resplandeciente que, poco a poco, se fue elevando hacia el cielo, y entendió que era el alma del fraile lego, su hermano, que libre del purgatorio, pasaba de aquellas penas al descanso de la bienaventuranza[97].

Él dijo alguna vez que, según una revelación divina, había conseguido la liberación del purgatorio de un millón cuatrocientas mil almas. Algunos sacerdotes de su Comunidad dieron testimonio de esta cifra en el segundo proceso de Lima, diciendo que habían leído con certeza esta cifra en la relación de su muerte que circulaba en toda la provincia dominicana de San Juan Bautista del Perú. Especialmente, su anciano confesor, el padre Gonzalo García, juró habérselo oído decir y lo mismo el que fue su Prior, el padre Blas de Acosta, quien aseguró: *Todos los días rezaba el rosario por las almas del purgatorio y hasta aquella hora* (en que fray Juan se lo declaraba) *habían salido por sus oraciones del purgatorio un millón cuatrocientas mil almas, según bien lo recuerdo*[98].

Tanto el padre Blas cono el padre Gonzalo habían dicho eso mismo en el primer proceso diocesano.

16. COMPENDIO DE SU VIDA

Este compendio fue publicado en Roma, en latín, en 1974 con el título: *Compendium vitae, virtutum et miraculorum, necnon Actorum in causa canonizationis beati Ioannis Macias, religiosi ex Ordine Praedicatorum. E Tabulario Sacrae Congregationis pro Causis Sanctorum. Romae MCMLXXIV*. Dice así:

---

[97] Meléndez, pp. 527-528.

[98] Testigo 7, N° 37, párrafo 26; testigo 11, N° 37, párrafo 28 y testigo 34, en el tomo 4 del proceso apostólico, fol 415.

Nació el 2 de marzo de 1585 de esposos legítimos Pedro Arcas e Inés Sánchez en la villa de Ribera del Fresno, de la diócesis de Plasencia, España. Regenerado con el agua del bautismo, alcanzó la fe de sus padres, la integridad y rectitud de la vida. Poco después, al quedar huérfano, se dedicó al cuidado de rebaños, a fin de proteger y ayudar a su hermana también huérfana. El Altísimo desde su adolescencia lo enriqueció con favores celestiales, mientras que él por su parte, principalmente con la meditación saludable de los misterios del rosario, se robustecía en la fe y la piedad. Cuando tenía aproximadamente veinticinco años, salió por primera vez de Extremadura hacia la ciudad de Jerez..., cerca de Sevilla; después, aceptando los servicios de un mercader, marchó a lejanas regiones de América, no en busca de riquezas temporales, sino para cumplir la voluntad divina.

Después de navegar durante cuarenta días, al llegar a Cartagena en Colombia, fue despedido por el mercader, ya que no le convenía, y entregándose con espíritu sereno a la voluntad de Dios, prosiguió el camino por lugares recientemente descubiertos hacia las regiones del Perú. Finalmente, llega a Lima sin contar con ningún auxilio humano. Nuevamente sirvió a otro mercader por algunos años, hasta que en el año de 1622 abrazó la Orden de Santo Domingo en el convento de Santa María Magdalena, y se consagró a Dios mediante los votos religiosos.

En el mismo convento, ejerciendo el oficio de portero, mientras vivió, atendía con eximia caridad a los pobres y necesitados, instruía con las enseñanzas cristianas a los que ignoraban la verdadera fe, imploraba a Dios con apremiantes súplicas la conversión de infieles y pecadores, uniendo las oraciones con las austeridades de su vida. A los que acudían diariamente a la portería del convento los recibía cariñosamente, y mientras los alimentaba en el cuerpo, los nutría en el espíritu.

Adornado con los dones celestiales, y ardiendo en el amor divino, pasó a la patria eterna en la misma ciudad de Lima el día 17 de setiembre de 1645, a la edad de sesentaiún años.

Consta por las Actas de los Procesos, ampliamente comprobadas, que el bienaventurado Juan Macías alcanzó el grado más eminente en el ejercicio de las virtudes cristianas, máxime en la palestra de la vida religiosa. Ante todo, que el crecimiento de su fe llegó a un nivel de heroicidad o plena maduración, manifiestamente se demuestra por el don divino del entendimiento, con el cual fue enriquecido maravillosamente por el Altísimo; pues tan lúcida y distintamente percibía los misterios de la fe y de tal modo hablaba de ellos, como si los conociera por intuición, es decir, como si conociese con una visión directa e inmediata. Con tanta perspicacia o penetración de la fe y ardor de la piedad

veneraba a Cristo Señor oculto bajo las especies sacramentales, que daba la impresión de que fray Juan (viese a) *Cristo Eucarístico con los ojos corporales. Aún más, cuando se encontraba ocupado diariamente en el oficio de portero a la puerta del convento, tan pronto como oía la señal de elevación en el sacrificio de la misa* (lo cual no era posible humanamente por la ubicación de la portería), *permaneciendo de rodillas en el mismo lugar, adoraba con fe viva y piedad el sacramento eucarístico, deseando devotísimamente servir y participar en la celebración diaria de cada misa.*

Por la práctica y vivencia constante de la fe se animaba y surgía en su alma una vivísima esperanza de conseguir la felicidad eterna prometida por Dios; y queriendo con un deseo piadoso "salvar a todos los hombres y llevarlos al conocimiento de la verdad" (1 Tim 2,4), *ofrecía súplicas ardientes a Dios por la conversión de los infieles; sobre todo, quería ansiosamente, como lo refieren los testigos en las Actas del proceso, el martirio por la fe de Cristo y la salvación de las almas.*

Del mismo modo, la grandiosidad de su caridad relevante para con Dios, se demuestra principalmente en esto, que fray Juan todo lo refería a su honor; por esto en su perseverante y asidua oración tenía siempre atenta y fija la mente en Dios, encaminándose y buscando en todo únicamente su voluntad divina. Austero en la disciplina, signo de su libertad y responsabilidad, cumplió exactísimamente los mandatos de Dios y de la Iglesia y las Reglas de su Orden.

También en las obras de caridad o de misericordia para con el prójimo, espirituales y corporales, se ejercitaba y sobresalía saludablemente; tres veces cada día ofrecía íntegramente la recitación del rosario de María: por sí mismo, por la conversión de los pecadores y por el sufragio de los fieles difuntos. El reparto de limosnas lo hacía el bienaventurado Juan de rodillas, uniendo la práctica de la caridad con una admirable humildad. Tuvo aquella caridad llena de entrañable bondad para con los enfermos, igualmente religiosos y seglares, que, por esta virtud y otras obras semejantes de misericordia, en todas partes era llamado "padre de los pobres y varón evangélico". Y cuánto Dios se complacía en estas obras de caridad de fray Juan, se infiere también por aquello que, no pocas veces, para alimentar a tantos pobres, los víveres se multiplicaban de manera maravillosa en sus manos.

17. RELATO AUTOBIOGRÁFICO

Es el relato de las confidencias que el mismo fray Juan hizo a su confesor el padre Gonzalo García y al Prior, padre Blas de Acosta, el 14 de setiembre de 1645. Fueron escritas y firmadas por su confesor, quien se las entregó al padre Juan Meléndez. Este dice: *Tengo la declaración original de letra y firma de su mismo confesor*[99].

Dice así: *Estando yo guardando un poco de ganadillo de mi amo en una dehesa, llegó a mí un niño que me parecía sería de mi edad y me saludó diciendo: "Juan, estés enhorabuena".*

Yo le respondí con lo mismo. Y prosiguió en plática diciendo: "Yo soy san Juan evangelista que vengo del cielo y me envía Dios para que te acompañe, porque miró tu humildad. No lo dudes".

Y yo le dije: "¿Pues quién es san Juan evangelista?".

Y respondió: "El querido discípulo del Señor. Y vengo a acompañarte de buena gana, porque te tiene escogido para sí. ***Téngote de llevar a unas tierras muy remotas y lejanas a donde te han de labrar*** (construir) ***templos****. Y te doy por señal de esto que tu madre Inés Sánchez, cuando murió, de la cama subió al cielo; y tu padre Pedro Arcas, que murió primero que ella, estuvo algún tiempo en el purgatorio, pero ya tiene el premio de sus trabajos en la gloria".*

Cuando supe de mi amigo san Juan la nueva de mis padres y la buena dicha mía, le respondí:

- *Hágase en mí la voluntad de Dios, que no quiero sino lo que Él quiere.*

Se fue san Juan, despidióse de mí y yo quedé como muchacho muy contento; y, aunque lo era, muy pesaroso de la ida de mi amigo san Juan. Y acordéme que, rezaba el paternóster y el avemaría. Y así lo hice y quedé muy consolado.

Después de algunos días volvió mi amigo san Juan evangelista, haciéndome muchos favores. Y cierto que me llevaba donde él quería. Díjome: "Juan, yo te quiero llevar a mi tierra".

Y no sé cómo fue ni cómo lo diga: si fue sólo el espíritu o el cuerpo con él. Yo quedé sin los sentidos y me parece que vide (vi) *y gocé de una muy hermosa*

[99] Meléndez, p. 454.

ciudad con mucha luz, y los ciudadanos y moradores de ella bien vestidos y adornados. Y vide a Dios con tanta y tan grande majestad que me quisiera haber quedado allá. Y díjome mi amigo san Juan:

- *Aquella que viste es mi tierra. Y cuando te mueras, te tengo de llevar conmigo allá para que vivas para siempre.*

Siendo de veinte o más años, pasé de Extremadura a Jerez de la Frontera, cerca de Sevilla, donde entrando en un convento de Predicadores a oír misa, que serían las diez del día, habiéndola oído me llevó san Juan donde él quiso y sabe, allá muy lejos. Llevóme como otras veces a ver a Dios, donde vide tales cosas que no se pueden decir ni declarar, porque el espíritu vido (vio) *la gloria del Señor. Volví en mí y quedé pesaroso de haber perdido lo que dejé. Dos veces me sucedió esto en aquella iglesia de Predicadores de Jerez de la Frontera. Y tenía terror y miedo de ir a ella por la gente que me miraba, en particular los frailes de Santo Domingo de aquel convento. Y me pedían que fuera fraile. Y no estaba de Dios que yo allí lo fuese. Determiné venirme de Jerez a Sevilla con un mercader que venía a las Indias y concertéme con él para venirle sirviendo en ellas. Y así me recibió en su compañía.*

El año 1619 me embarqué para las Indias, no con intento ni deseo de adquirir riquezas, sino para que se hiciese la voluntad de Dios en mí. Y en cuarenta días llegaron galeones y flota con buen tiempo a Cartagena.

Yo, como no era para nada ni me acomodaba a mercader ni a servir de cajero a mi amo, por no saber ni escribir ni contar (y cierto que era la voluntad de Dios ésa) díjome un día mi amo en Cartagena:

- *Hermano Juan, ya yo he visto para lo que sois en cuarenta días que ha que navegamos. Yo he menester un mozo que sepa escribir y contar, porque voy a Portobelo, a Panamá y al Perú. Vos no sois para mi propósito. Buscad amo.*

Y cierto que tenía razón, porque aquélla era la voluntad de Dios.

Aquella era la voluntad de Dios: que no fuese a Portobelo ni a Panamá, como me dijo mi amigo san Juan, sino que fuese a las Indias por tierra. Y así me avié, partí con mi amigo san Juan de Cartagena a la Barranca. Y luego hallé una canoa y fui a Tenerife, pasé a Mompoz; y de allí a Ocaña, Pamplona y Tunja, a la ciudad de Santa Fe de Bogotá. Y por el valle de Neiva con flotilla, por temor de los indios de guerra, venimos a Timaná y de allí a Tocaina y Almaguer. Luego a la ciudad de Pasto. Y al fin a Quito.

De Quito a pie y a mula, llegué a esta ciudad de Lima. De suerte que 900 leguas que hay de esta ciudad de Lima a Cartagena vinimos en cuatro meses y medio. Llegado a esta ciudad, me fui a una casa de posadas de San Lázaro. En esta casa de posadas de San Lázaro esperé a que se hiciese la voluntad de Dios, que fue servido me concertase con Pedro Jiménez Menacho para que guardase el ganado menor del matadero.

Oh, Señor. ¡Qué regalos y mercedes me hizo Dios en aquellos campos! San Juan evangelista me asistía y me acompañaba y me llevaba a donde él quería. Allá, allá, tan lejos que no sé cómo decirlo. Y esto no sé si sólo el espíritu o el espíritu y el cuerpo. Sólo sé yo que aquello que yo veía y gozaba no es decible. Ni los ojos, ni la lengua, ni las orejas lo vieron ni entendieron. Basta decir con verdad que mi compañero san Juan lo dirá, allá, allá, a su tiempo.

Estuve en este oficio de guardar ganado como dos años y medio. Y después de este tiempo fuíme a mi amo un día y díjele:

- *Hermano Jiménez: la voluntad del Señor es que yo vaya a servirle a la casa de la penitente Magdalena de los Predicadores. Dos años ha y más que le sirvo con fidelidad y verdad. Mire su Merced el libro en qué mes entré (y me acuerdo que no hicimos recaudo ni papel).*

Haga la cuenta de la soldada que me debe y dará de ella a las pobres buenas y necesitadas hasta doscientos pesos. Lo demás envíelo al portero de la casa, fray Pablo, para el convento. Yo no le he defraudado en nada. Perdóneme los descuidos que como hombre flaco habré tenido.

Víneme al convento y el bueno de Jiménez Menacho cumplió en brevedad lo prometido y mucho más, porque, dada la limosna a los pobres, envió a fray Pablo, portero, el alcance. Y después hasta que murió me envió muchas limosnas.

Yo me vide con nuevas obligaciones y pedíle a Dios que me diese fuerzas y espíritu en la Religión para que con brío, fervor y espíritu le sirviese y agradase. Y a san Juan le pedí no me desamparase. Y él lo prometió.

¡Oh, Dios inmenso de suma misericordia! No sé cómo lo diga. Como mi compañero era tan bueno y penitente y tenía tanta caridad con los pobres, con su santo ejemplo comencé yo, pecador, a tener seis y siete horas de oración de día y de noche. Y cierto digo verdad que me faltaba tiempo y me parecía un cuarto de hora.

Vestíame de cilicio y, a veces, me ponía una cadena al cuerpo. Ayunaba. Tratábalo mal al pobrecito de mi cuerpo. Esto fue veinticuatro años hasta ahora. Jamás le tuve amistad. Tratéle siempre como a enemigo. La segunda ración y pitanza le daba a comer y no más con un pedazo de pan. Lo demás, a mis pobres. Dábale muchas ásperas disciplinas con cordeles y cadenas de hierro. Ahora me pesa, ya que al fin me ha ayudado a ganar el reino de los cielos.

Estuve en la portería como un año, después de la profesión. Y como yo era endeble y flaquillo, de la oración, como estaba casi siempre de rodillas, se me hizo en una de ellas una apostema. Y reventó en materias y curáronme cirujanos. Y siempre iba a más el dolor y la llaga no curaba. Ordenó la obediencia que me fuese a la Sierra, que era tierra fría, y sanaría luego. Porque entraban los calores y me caería cáncer en la pierna.

Fuíme a una doctrina de un buen fraile de nuestra Orden, donde él me regaló mucho y con el buen temperamento —clima—, estuve como dos meses y me alivié mucho de mi mal. Mas no se me quitó la llaga, hasta que supe de mi amigo san Juan que era ya tiempo de volverme a la portería. Y fue voluntad del Señor que una mañana me hallé sano y bueno de repente de mi rodilla.

Víneme al convento ya bueno y valiente. Y cuando llegué, ya a mi buen compañero fray Pablo de la caridad había mandado la obediencia fuese a ser portero del convento del Rosario de Lima, con que quedé yo solo en la portería de la penitente Magdalena.

¡Ay, Dios mío! No sé cómo lo diga, cuando me vide solo, sin mi buen compañero y portero. Consolóme mucho mi buen san Juan. Mas la noche siguiente, como a las once de la noche, estando en nuestra celda rezando, llegaron muchos demonios a oscuras y me aporrearon y arrastraron. Mas me armé contra ellos, diciendo: "Jesús Salvador, María y José sean conmigo". Con lo cual me libré de ellos y me dejaron por entonces. Más de doce años me persiguieron casi todas las noches, tratándome muy mal de palabra y de obra. Mas yo siempre quedaba libre con decir: "Jesús Salvador, María y José sean conmigo".

Es tan terrible el frío, y el tormento y dolores que me causan cuando voy arrojado por el aire por los demonios, que si Dios no me amparara, no hay duda que, la primera vez que me arrojaron los demonios, y en todas esas otras veces que me sucede lo mismo, llegara muerto a la parte a que me arrojan.

Una noche, entre otras, estando haciendo oración en el altar de Nuestra Señora del Rosario, en medio del ejercicio, de repente se me puso delante un demonio en figura de un hombre muy grande, muy negro, muy feo y horroroso,

porque por boca, ojos y narices echaba fuego y llamas, con un humo pestilente, más que de alquitrán y azufre. Me cogió por la capilla (capucha) y me sacó arrastrando por el suelo, desde el altar hasta debajo del púlpito: y me puso el pie a los pechos, y con la mano puesta a la garganta me amenazaba a quererme ahogar; mas mi amantísimo Señor me libró, porque yo le llamé diciendo: "JESÚS SALVADOR, MARÍA, y JOSÉ SEAN CONMIGO". Llamaron a los maitines y fui a ellos, y me consolé con alabar a Dios en compañía de aquellos siervos suyos.

Nunca le he pedido a Nuestro Señor que me revele cosa ninguna, porque el demonio es muy sutil y desea acabar de una vez con nosotros.

Si salía fuera de casa (que eran muy pocas veces y por mandato de la obediencia), cuando volvía y entraba por la portería, decía: "Gracias a Dios, que he llegado, amantísimo Jesús mío". Que, aunque fuera de casa iba compuesto y no miraba a nadie, se pasaban dos o tres días para aquietar y sosegar el espíritu. Cuando volvía de fuera, llegaba menos fraile que cuando estaba en el convento; y la noche siguiente lo pagaba mi cuerpo, dándole áspera disciplina.

En materia de mujeres en especial, me tuvo Dios de su mano; y pudiera decir yo ahora lo que nuestro Padre Santo Domingo cuando murió: que por la gracia de Dios, había conservado hasta aquel punto la joya preciosísima de la virginidad y que así moría virgen.

La noche que por lo menos no tenía tres o cuatro horas de oración, no tenía al día siguiente cara para aparecer delante de Dios. Muchas veces, orando a deshoras de la noche, llegaban los pajarillos a cantar y yo apostaba con ellos: a quién más alababa al Señor; ellos cantaban y yo replicaba con ellos, mas siempre me ganaban ellos[100].

¡Oh Señor! ¿Cuándo tendrán fin tantos pecados? ¿Cuándo te amarán los hombres? ¿Cuándo acabarán de temerte y te adorarán tus criaturas?

A los principios, no era yo tan devoto de las almas del purgatorio. "Siervo de Dios (me decían), *acuérdate de nosotras, no nos olvides, socórrenos con tus oraciones en la presencia de Dios y ruega a su divina Majestad que nos saque de estas penas". Era tanta la multitud que parecía un gran enjambre de abejas.*

[100] El Papa Pablo VI en la homilía de su canonización 28-09-75 añadió al recordar estas últimas palabras: Son frases de encantadora poesía que dejan entrever las largas horas dedicadas a la oración, a la devoción a la Eucaristía y al rezo del rosario.

¿Qué puedo yo, santas almas, hacer ni pedir por vosotras siendo un hombre miserable? Y al decir esto su rostro resplandecía.

18. ÚLTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE

A fines de agosto de 1645 se sintió muy enfermo de disentería. Los médicos lo desahuciaron. Lo visitaron el virrey, marqués de Mancera, y su hijo y otros altos dignatarios. El padre Prior, Blas de Acosta, le dio el viatico (comunión) que recibió *con singular devoción, ternura y lágrimas*. La Comunidad acompañó al Prior con cirios encendidos. Al acercarse a su celda el Santísimo Sacramento, fray Juan se puso de rodillas sobre su cama, lo que dejó admirados a todos *considerando por una parte su mucha flaqueza, ya que no tenía en su cuerpo más que la pura armazón de los huesos y la piel pegada a ellos.*

Ocho días continuos recibió la sagrada comunión. El padre Prior celebraba la misa en su celda y él siempre se ponía de rodillas sobre su cama para comulgar *y salían de su rostro resplandores que parecían sobrenaturales.*

Un día de estos fue a visitarlo Juan de Quesada y le pidió que no se olvidara de él ante Dios y le respondió: *¿Qué me dice, hermano? ¿Olvidarme? En el corazón lo llevo atravesado, y a la señora Doña Sebastiana su mujer*. Algo parecido le sucedió a Don Antonio Alarcón, que estaba sordo y le decía: *Padre, ¿cómo se nos va y me deja sordo?* Y le respondió.

- *Váyase hermano, a su casa, que en la iglesia me volverá a ver y en la sala del Capítulo*.

No entendió el amigo lo que le decía, pero después de su muerte, al venerar su cuerpo y poner su mano sobre su oído, quedó totalmente curado.

Unos días antes de morir hizo una confesión general con su confesor, el padre Gonzalo García. *Como vio el confesor que aquella era la última confesión, le apretó un poco más en el examen, así de la conciencia como de los favores y mercedes que en toda su vida había recibido de Dios, para ver si se ratificaba en los referidos y si descubría otros nuevos. Y le dijo tantos y tan admirables cosas, que hasta entonces había tenido ocultas en el secreto de su corazón, que pareciéndole al confesor que necesitaba de más examen, le dijo que le convenía que se declarase a otro para que viesen mejor qué cosas eran aquellas y le pudiesen encaminar por la segura vereda de su salvación. Vino en ello el humilde siervo de Dios fray Juan y, saliendo de su celda el confesor, se fue a la del padre Blas de Acosta* (Prior) *y le dijo de esta suerte: "Padre, se venga*

conmigo a la celda del hermano fray Juan Macías, videbis mirabilia Dei in terra nostra" (verás maravillas de Dios en nuestra tierra). Entendióle el Prior, salió, siguiendo al confesor y, entrando en la celda del enfermo, le dijo al confesor: Hermano fray Juan, yo le mando por obediencia y en nombre de la Santísima Trinidad que le diga al padre (Blas de Acosta) lo que le pasó en Jerez siendo zagalejo…

Después de haber comulgado le dijo el bendito enfermo: "Siéntese, no se vaya". Y queriendo sentarse sobre su cama, como otras veces lo hacía, le replicó: "Ahí no". Y, señalándole un banco raso, añadió: "Allí digo que se siente". Y vínole al padre Blas el pensamiento: "Si acaso el no permitirle que se sentase en su cama había sido, porque tenía ocupado aquel lugar con alguna visita del cielo"... Y declara su confesor que estaba muy gozoso y echaba resplandores por el rostro con que se verificaba lo que decía[101].

El último día de su vida recibió la unción de los enfermos con plena lucidez. Entregó su alma a las seis y cuarenta y cinco minutos de la tarde del 17 de setiembre de 1645, a los 60 años y siete meses de edad.

A continuación, los religiosos amortajaron el cadáver, los vistieron con sus hábitos y lo llevaron a la iglesia, colocándolo en la capilla mayor donde todos acudieron a venerarlo, besándole las manos y los pies y tocando su cuerpo con medallas, cruces, rosarios, pañuelos etc., para tenerlos como reliquias. Algunos le rompían el hábito, que hubo de ser cambiado dos o tres veces. Por ello, tuvo que enviar el virrey una compañía de soldados para cuidar el cuerpo, no lo fueran a destrozar. Y todos cuantos se acercaban a venerarlo observaron que salía de él una fragancia celestial.

El mismo día de su muerte, Doña María Sola se hallaba muy cerca de seguirle con su muerte, porque hacía tres años y medio que padecía una cruelísima enfermedad de disentería continua, a que se añadía una calentura lenta, accidente que suele acompañar ordinariamente al primero. *Estaba reducida a una flaqueza tan grande que ya, desesperada de la vida, esperaba por instantes el verse apoderada de la muerte. Oyó decir del concurso de la ciudad al entierro del siervo de Dios y con mucha confianza se animó, se vistió y, sacando fuerzas de su flaqueza, se fue a la iglesia de la Magdalena... Besó muchas veces las manos y pies del venerable cadáver y encomendándose con todas las veras que le dictó su necesidad, se volvió a su casa, cogió un jubón del mismo siervo de Dios, que tenía guardado como un precioso tesoro, algunos años hacía, púsole*

[101] Meléndez, pp. 585-586.

sobre el vientre y así se acostó a dormir con tanta felicidad que el día siguiente amaneció buena y sana[102].

Al día siguiente, dieciocho, se había publicado que sería el entierro y llegó gran multitud de gente de toda clase y condición. Terminadas las exequias, tomaron sobre sus hombros el ataúd, el mismo arzobispo, el virrey, los Oídores y demás Prelados de las distintas Órdenes religiosas y lo llevaron a la Sala capitular para enterrarlo, pero el pueblo pedía a gritos que lo dejasen todavía un tiempo pare poder venerarlo. De modo que el arzobispo aceptó que quedara tres días en la Sala del Capítulo sin enterrar.

En esos tres días en que estuvo expuesto su cuerpo, el Señor hizo muchos milagros. El cuerpo de Juan Macías estaba flexible, como si estuviera vivo, y salía de él una fragancia celestial. Su rostro aparecía sonrosado y radiante. Al tercer día lo enterraron en la Sala del Capítulo.

19. MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

Fray Dionisio de Vilas fue muy querido del siervo de Dios y le sucedió en el oficio de portero de su convento de la Magdalena. Recibió muchos y muy singulares favores de Dios por su intercesión. *Hallóse en una ocasión con un accidente grave de mal de ojos, que padeció por espacio de cinco meses, y, aunque en ellos le hicieron y se probaron muchas medicinas, ninguna le aprovechó.*

Veíase muy afligido, porque no veía cómo servir a su Comunidad y a los pobres, si no veía, porque corría peligro de perder la vista y se hallaba obligado por el achaque a vivir encerrado en la celda sin luz... Un día se fue a su sepultura y, poniéndose de rodillas delante de ella, le pidió con muchas lágrimas intercediese con nuestro Señor Jesucristo para que le diese la salud y, al quererse levantar, se halló sin el accidente, ya que no le ofendía la luz ni le escocían los ojos; libre perfectamente del achaque, que le parecía a él que jamás lo había tenido, se volvió a la portería a continuar con su oficio y nunca más le volvió tal accidente a los ojos[103].

Doña Gerónima de Monroy, de un flujo de sangre que le duró tres meses, llegó a estar desahuciada por el doctor Gerónimo Navarro, a quien llamaban "per omnia", asegurando a la enferma que, según las reglas de la medicina, moriría sin remedio. Ella, afligida con tan mala nueva, se hizo llevar al convento

[102] Meléndez, p. 596.
[103] Meléndez, p. 620.

de la Magdalena en una silla de manos, porque la suma flaqueza no le permitía andar. Entró en la iglesia, pidió un poco de tierra de la sepultura del siervo de Dios, bebióla en un vaso de agua y, al punto, se estancó la sangre y se halló con tantas fuerzas que se volvió por sus pies a su casa con estar muy distante del convento[104].

Doña Eufemia de la Cuesta tenía una negra llamada María de Angola, la cual, habiéndole dado unas viruelas y estando casi buena, le acometió una fiera calentura tan grande que la privó del juicio y hacía y decía mil disparates. María de Alarcón aconsejó a su ama que untasen a la enferma con la tierra del sepulcro del siervo de Dios fray Juan y, teniéndola en su casa, viniendo a ello, mezclaron la tierra con agua y con el barro le untaron a la negra la cara, los pulsos y las sienes y, al momento, le dio un sueño tan grande que a las personas que se hallaron presentes les pareció que se había muerto la esclava y se llegaban a ella a examinar la respiración. Pero, al cabo de cinco horas, despertó la negra sana, buena, sin dolor y en su juicio y se levantó de la cama[105].

Con una estampa del bendito fray Juan sanó, aplicándosela al pecho y encomendándose a él, instantáneamente, Doña Isabel de Torres, de una enfermedad de asma que le había durado por tres años[106].

Juan Esteban de Bilbao tenía una hija de quince años llamada Antonia Basilia que, de una enfermedad de garrotillo, llegó a estar desahuciada… El padre acudió a la intercesión del siervo de Dios, buscando en ella remedio para su hija. Pidió a un amigo un lienzo pequeño del retrato del bendito fray Juan y, envuelto en un tafetán, lo llevó a su casa. Halló a su hija agonizando, tenía los ojos quebrados y daba ciertas señales de que se iba despidiendo el alma. A toda prisa, aplicándole el tafetán en que venía envuelto el retrato a la garganta y abriéndole la boca con un hisopillo, le echó en ella unas gotas de un ungüento egipciaco batido con la tierra del sepulcro de su devoto fray Juan y, al mismo punto, sin más dilación abortó por la boca la doliente una apostema, pidió de comer y bebió y, sin repetir remedios de la botica, al cuarto día estuvo buena del todo[107].

La cuchara de leño con que su siervo fray Juan sacaba la comida de las ollas para repartirla a los pobres la tuvo Antonio de Alarcón y la guarneció de plata. No está en un solo lugar, anda de mano en mano, que la piden por la virtud de hacer prodigios que parece se le pegó de andar en las de fray Juan. Los pedazos de sus hábitos y de sus túnicas, de sus jubones, de su frazada, el

---

[104] Meléndez, p. 622.
[105] Meléndez, pp. 637-638.
[106] Meléndez, p. 662.
[107] Meléndez, p. 641.

cíngulo con que se ceñía el hábito y, lo que es más, sus medias, sus calcetas, sus escarpines..., se estiman hoy como prendas del mayor precio y todos las reciben, si tienen la dicha de encontrar quien se las dé, mejor que si fueran joyas de las más preciosas de los mayores monarcas[108].

Hasta los retratos que se hicieron en Lima del siervo de Dios fray Juan y las estampas de papel que se llevaron de Roma con sus remisoriales ha querido Nuestro Señor que hagan grandes maravillas[109].

Un fenómeno extraordinario que se observó en algunas pinturas y retratos del santo fue el sudor abundante que rezumaban estas imágenes, lo cual fue presenciado por testigos respetables en distintos lugares. Veamos el testimonio de más garantía, pues quedó escrito con registro notarial.

En el valle de Lima, en una hacienda cercana al pueblo de Surco, tenía Melchor de Galas un lienzo con un retrato del siervo de Dios al natural, de medio cuerpo, que por el mes de julio de 1655 comenzó a sudar un día. Limpiáronle el sudor con un lienzo y prosiguió sudando de manera que, aunque le limpiaban muchas veces hasta dejarle enjuto (seco) *el rostro, volvía luego a cubrirse del mismo sudor y era en tan grande copia (abundancia) que le caían gotas del rostro al hábito. Melchor de Galas, despachando un hombre a Lima le envió el aviso de esta maravilla al padre Maestro fray Felipe de Espina, Prior de la Magdalena. El padre Prior, al mismo punto, despachó con el mismo hombre a la hacienda al padre Presentado y predicador general fray Antonio José de Pastrana, notario apostólico, para que viese lo referido y para que, habiéndolo examinado, se lo diese por fe. Llegó el padre notario a la hacienda de Melchor de Galas y, habiendo entrado en una pieza de la casa donde tenían el retrato, y reconociendo el lienzo y la pared de donde estaba pendiente por ver si había alguna humedad o sospecha de ella, no halló cosa de donde pudiese proceder aquel sudor, ni aun en menor copia de la que era, porque el lienzo estaba seco y la pared seca y, habiéndose detenido dos días, lo vio sudar por cinco veces distintas y en diferentes horas.*

Y una de las cinco veces fue tanto lo que sudó que, corriendo por el rostro, llegó a salpicar lo que estaba junto al lienzo. Limpiábalo el padre Presentado con unos algodones y quedaban como mojados en agua. Tentábale el rostro y hallábale tan caliente como si fuera de una persona viva y, probando los circunstantes lo mismo, experimentaron todos que, cuando sudaba, tenía caliente el rostro. Duró y continuóse este sudor prodigioso después de despedido el padre notario, hasta los fines de octubre del mismo año, repitiéndose muchas

---

[108] Meléndez, pp. 649-650.
[109] Meléndez, p. 657.

veces con admiración de todos, porque concurrieron muchos a ver aquel gran prodigio. Y, a los quince días después de haber cesado el sudor, sucedió aquel gran terremoto a los trece de noviembre. Entendimos por la fuerza con que vino que hubiera de una vez acabado con la ciudad y, repitiendo otros menos por espacio de quince o veinte días, se hacían muchos sermones, así en iglesias como en las plazas y calles, movida la ciudad a pública penitencia. Y públicamente dijeron los predicadores que aquel sudor del siervo de Dios había pronosticado esta amenaza de la divina justicia; y que en demostración de haberse interpuesto con la Majestad de Dios para templar sus enojos, había hecho aquella maravilla de sudar, como dando a entender la congoja en que se hallaba, a nuestro modo de hablar, de ver el azote levantado contra una ciudad donde Dios le había traído a vivir y morir y ser sepultado en ella; títulos que le obligaban a mirar por su conservación y a pretender la enmienda de sus culpas en la presencia de Dios.

El testimonio que dio de todo el caso el padre Presentado y notario apostólico es del siguiente tenor: "Yo, el infrascrito notario apostólico, doy fe y verdadero testimonio cómo, habiendo ido a la hacienda que el capitán Melchor de Galas tiene arrendada, que está a una legua de esta ciudad de Lima, hoy once de julio de 1655, entre las seis y siete de la noche, habiendo estado gran en la sala de la dicha hacienda, entré en un aposento que había estado cerrado por fuera con llave, donde sobre un bufete pequeño estaba un lienzo del venerable siervo de Dios fray Juan Macías de medio cuerpo. Estaba cubierto de un sudor caliente y despedía de sí aquel sudor con el cual mojaba cuanto había delante y, después que lo limpié con unos algodones, reparé que estaba caliente aquella parte por donde había sudado, que parecía que había estado cerca del fuego, y pasado un rato se volvió a su natural... De todo lo cual fueron testigos Melchor de Galas, Doña Francisca Romaní, su mujer, José de Guía, Juan Bautista de Ocampo, Doña María de la O, Doña Inés de Ocampo, Doña Juana de Guía, Doña Josefa de Galas, el padre Francisco Camarena (agustino)*, Doña Jacinta Tusiño, Doña María Álvarez de Meneses y otras muchas personas que acudieron a la noticia de este prodigio. Y para que de ello conste, di este testimonio y certificación, hoy doce del mes de julio de 1655. En testimonio de verdad. Fray Antonio José de Pastrana, notario apostólico*[110].

[110] Meléndez, pp. 664-666.

20. TRASLADO DE SU CUERPO

Después de su fallecimiento y debido a la generosidad de Don Pedro Granada se levantó en la portería del convento una suntuosa capilla, adornada con pinturas, retablos y azulejos en la que expusieron al culto el Santo Cristo que había allí y la imagen de la Virgen de Belén, que el santo tenía en la cabecera de su cama.

Al abrir el sepulcro de la sala del Capítulo para su traslado a la capilla, encontraron el cadáver *entero y sin corrupción, flexible en todas sus partes*. Le pusieron hábito nuevo y lo colocaron en un féretro de cedro, imitando el mármol, y lo colocaron con permiso del arzobispo al pie del crucifijo, debajo del altar de la capilla, defendido por una fuerte reja de hierro dorado. Era el día 17 de setiembre de 1646. Al año de su muerte.

Allí estuvo dos años hasta que lo trasladaron a una celda, ubicada detrás del altar de la capilla. Allí estuvo su cuerpo encerrado en un sencillo ataúd de madera sin más adorno que un crucifijo colgado de la pared. Sin embargo, su cuerpo permanecía incorrupto y tenía una fragancia de cielo.

Y seguía haciendo maravillosos milagros. Dice el padre Meléndez: *No es poca la maravilla de las que se ven y suceden en su sepulcro, desde antes y después de mudado de la fosa del camarín, el olor suavísimo y fragante que muchas veces se ha sentido al acercarse al lugar del venerable cadáver, siendo así que jamás se le ha puesto ni en el cuerpo ni en la caja ni en los hábitos cosa que naturalmente pueda causar aquella grande fragancia. Antes bien sucede una cosa singular y es que no se siente siempre aquel buen olor sino interpoladamente, porque habiéndolo sentido muchas veces el padre fray Antonio José de Pastrana…, volviendo en otras ocasiones con cuidado de ver si volvía a sentirle, unas veces olía y otras no, siendo sin número las que llegó a sentir esta fragancia con no poca admiración*[111].

Y sucede otro gran prodigio y es que con sacarle tanta tierra todos los días y horas, así para la ciudad como para todo el reino y fuera de él, sacándola para Europa y, no negándose a nadie sino que todos la sacan a su placer y en la cantidad que quieren, nunca ha faltado la tierra, antes se ve otra rara maravilla: Han dejado un agujero por donde sólo cabe el brazo de una persona y cuantos buscan la tierra, con sólo meter el brazo dan con ella perseverando siempre a una distancia sin que sea necesario profundizar más ni abrir el agujero en otra parte[112].

---

[111] Meléndez, p. 630.
[112] Meléndez, p. 634.

Su cuerpo permaneció en la celda detrás de la capilla hasta 1746, cuando un terremoto destruyó el convento con su iglesia. El cuerpo de fray Juan fue trasladado al convento de Santo Domingo del centro de Lima. Actualmente, se conservan sus restos en una capilla lateral de la basílica del Rosario, aneja a este convento, en unión con los restos de santa Rosa de Lima y de san Martín de Porres.

21. PROCESO DE BEATIFICACIÓN

En las Actas del capítulo provincial tenido en el convento del Rosario de Lima en 1649, a los cuatro años de su muerte, los padres capitulares reconocieron la santidad de Juan Macías. El cronista dice: *Era Juan Macías puerta de toda misericordia y piedad, padre de los pobres, huérfanos y viudas, varón de penitencia, observante humildísimo y de la obediencia*[113].

En 1648, a los tres años de su muerte se comenzó el proceso de beatificación con el testimonio de 157 testigos. Este proceso diocesano fue enviado a Roma. En 1693 se terminó y completó la documentación del Proceso apostólico, después de la visita al sepulcro, de la habitación donde murió, del pozo de donde fue sacado vivo el negrito Antonio, y del naranjo de las cruces. Toda esta documentación fue enviada a Roma a la Congregación de Ritos y pereció en el naufragio del barco ese mismo año. Se sacó otra copia de los documentos, que se terminó en enero de 1699, y se envió a Roma.

Veamos ahora los dos milagros aprobados para la beatificación por el Papa Gregorio XVI.

a) Francisco Ramírez, novicio, ocho días después de haber vestido el hábito dominico, a sus veinte años, en 1678, regresando del coro alto con los demás novicios a las 10 de la mañana, entró en el noviciado y se recogió en su celda. Se puso a levantar un baúl con todas sus fuerzas y se le produjo la rotura de la ingle izquierda, donde había sufrido siendo niño una hernia. Y le salieron los intestinos.

   Avisado el padre Maestro de novicios, fray Francisco de Borja, le hizo trasladar a su celda y mandó llamar a los médicos Diego Rodríguez y Antonio de Zúñiga. Lo examinaron y dijeron que se hallaba en grave peligro. Le aplicaron muchos remedios durante cinco días, pero fue todo

[113] Actas del Capítulo provincial de 1649, primera serie, p. 410: Arévalo, *Los dominicos en el Perú*, Lima, 1970.

en vano. La gran rotura, la llaga de las membranas que envolvían los intestinos, la gran hinchazón y los espasmos y gritos del paciente indujeron a ordenar que le dieran los sacramentos.

Al oír esto el novicio se confesó y conformó con la voluntad de Dios. Entre sus angustias le presentó el padre Maestro un cuadro pequeño de fray Juan Macías y le exhortó a confiar en su intercesión.

Estaba presente el padre Prior fray Nicolás Ramírez, que le había dado el hábito y no podía contener las lágrimas, viendo sufrir a tan buen novicio. Éste le rogó:

- Padre Prior, mande por amor de Dios, con un precepto de obediencia al siervo de Dios fray Juan Macías que me obtenga de su divina Majestad la salud, si conviene a mi alma.

El Prior, por darle gusto, accedió a su deseo. Se acercaba la media noche. Los facultativos que, desde el mediodía habían estado en vano componiendo la rotura, se marcharon diciendo: *A la mañana lo encontraremos cadáver*.

Después de idos los médicos, vomitó el enfermo dos veces y quedó más abatido y debilitado, casi boqueando y batallando con la muerte.

En este momento se volvió el novicio al retrato, lo besó, implorando su intercesión, bañando el cuadro con lágrimas, púsolo sobre el vientre y lo tuvo así abrazado toda la noche. Al punto cerró sus párpados y tuvo plácido sueño que le duró hasta las siete de la mañana. Estaban con él dos cooperadores y el padre Maestro.

A esa hora llegó el cirujano Antonio de Zúñiga, examinó el vómito y lo juzgó señal de próxima muerte. Y volvió a salir. Vino el otro cirujano y dijo lo mismo respecto del vómito, pero se acercó a ver al enfermo que *sabrosamente dormía*. Retiró el cuadro y, viendo cerrada y sana la rotura, todo vuelto a su lugar, exclamó:

- *¡Milagro! ¡Gran milagro que ha hecho Dios por intercesión de su siervo fray Juan Macías!*

A estas voces despertó el enfermo. Acudieron varios religiosos. Y glorificaron al Señor. En esto regresó el cirujano Antonio de Zúñiga. Y, viendo que no había quedado ni huella de la dolencia sufrida, dijo asombrado:

- *¡Milagro! ¡Gran milagro que ha obrado el Señor!*

El novicio se levantó de la cama el mismo día para asistir a la profesión de un compañero suyo; y no volvió a sentir jamás dolor o molestia alguna a pesar de levantar pesos notables[114].

b) Francisca de Argote, negra, criada de Doña Isabel Manrique, sufrió un ataque de apoplejía que le paralizó por completo el lado izquierdo. Se arrastraba sobre el derecho encogida y contorsionada.

La vio el padre Domingo Gil yendo a confesar a una enferma. Le preguntó si había usado de la medicina. Ella dijo que por espacio de tres años la habían tratado con esmero varios médicos sin resultado alguno. Entonces le dijo que hiciera una novena en el sepulcro de fray Juan Macías, confesando y comulgando, para que le obtuviera la gracia de la salud intercediendo ante el Señor.

Francisca siguió el consejo. Al día siguiente madrugó y, arrastrándose con gran dificultad, llegó a la capilla del Santo Cristo, en la portería en donde se hallaba el sepulcro del santo. Con abundancia de lágrimas prometió enmienda en su vida, y pidió la salud. Perseveró en la oración hasta las seis de la tarde, hora en que regresó a su casa confiada en ser oída.

Por la noche tuvo un sueño. Le pareció ver a fray Juan que hablaba con ella y le decía que se enmendara. En el sueño comenzó a dar voces y despertó asustada. Al otro día repitió las visitas con idénticas lágrimas y promesas. Por la noche, mientras dormía, sintió hacia las doce, que le daban golpes y le estiraban los miembros. Despertando al punto, divisó junto a sí a un religioso dominico que le pareció ser fray Juan. Dio un grito y cayó desmayada.

Al día siguiente, clareando aún, se levantó para continuar la novena. Llegó a la capilla fatigada en extremo. Rezó y lloró. Y valiéndose de la mano derecha, introdujo la izquierda, que tenía como muerta, con un rosario, por entre las verjas de hierro, hasta lograr tocar el sepulcro.

[114] Declaración del padre Francisco de Borja, Proceso apostólico, testigo 116.

Al instante sintió flexibilidad en la mano y movimiento en los dedos. Por tres veces la introdujo por entre las rejas y otras tantas la sacó sana. Oyó entonces una voz que le decía: *¡Levántate y camina!*

No pensó que iban dirigidas a ella; pero al oírlas por segunda vez, volvió los ojos hacia el Cristo y a la imagen del santo en un cuadro colgado a los pies de aquél. Y advirtió en el crucifijo que estaba fresca la sangre del costado y que el retrato de fray Juan mostraba encendido el rostro. Y oyó de nuevo, en tono más alto: *¡Levántate y camina!*

Se levantó inmediatamente, arrojó las muletas, se puso a saltar de alegría y a correr con toda libertad y soltura por la capilla y el claustro. Y entró en la iglesia para dar gracias a Dios por la curación lograda. Dominada por la emoción, comenzó a gritar: *¡Milagro, milagro!*

Alborotóse el convento, salió la Comunidad, juntóse la gente y, viéndola sana, se hincaron de rodillas dando gracias a Dios. Fray Dionisio de Villa le dio a beber un vaso de agua. Ella bebió, fue luego a la iglesia y anduvo después por la ciudad corriendo y voceando el favor recibido. Por la tarde, al toque de la oración, volvió a dar gracias a Dios[115].

El Papa Gregorio XVI lo beatificó solemnemente en la basílica vaticana el 22 de octubre de 1837. En las Letras apostólicas *Amantissimus ille* para su beatificación manifestó: *Inspirado por Dios, no solamente le fue posible conocer las cosas ocultas, predecir lo futuro, sondear enteramente los pensamientos secretos de los hombres, hablar, no siendo docto ni culto, con gran sabiduría de los misterios más elevados de la fe y de las cuestiones más difíciles, sino también gozaba de coloquios divinos, obraba milagros y, mientras se entregaba a la contemplación de las cosas celestiales, le vieron que divinamente era levantado en alto desde el suelo.*

22. MILAGRO PARA LA CANONIZACIÓN

El padre Luis Zambrano Blanco había fundado en 1934, con la señorita María Grajera Vargas, una Institución con el nombre *Hogar de Nazaret* para ayudar a los sacerdotes en las parroquias. Y puso la Institución bajo el patrocinio del beato Juan Macías. La primera casa fue abierta en el pueblo natal del santo, Ribera del Fresno. El 23 de enero de 1949, domingo, siendo párroco de Olivenza, ocurrió en este pueblo el milagro de la multiplicación del arroz, aprobado por la Iglesia para la canonización del beato Juan Macías. La cocinera, Leandra Rebollo

[115] Meléndez, pp. 631-632.

Vázquez, lo narró así: *Aquel día, las cosas no se habían desarrollado como de costumbre, porque, no habiendo recibido recados, no podía preparar el almuerzo para los pobres, ni para los niños de la escuela. Me limité sólo a preparar comida para las chicas de la "Protección de menores".*

Del almacén de la cocina había sacado yo misma tres tazas de arroz, menos de un kilo, no más. No se sacaba nunca para los pobres y, en aquel momento, no hubiese podido pedir a la Directora del Hogar, que estaba en Villarreal, un pueblecito del campo

Las tres tazas sólo alcanzaban para las chicas; eran absolutamente insuficientes para la comida de los pobres, y menos para las chicas, los chicos y los pobres, todos juntos.

Se lo comuniqué a la señorita Ana María Marzal (encargada de organizar los grupos de reparto) y, pensando en los pobres, echando las tazas de arroz a la olla, dije: "¡Bienaventurado, los pobres sin comida!". Para mí que soy de Ribera del Fresno y para todas nosotras (del Hogar), cuando decimos "el bienaventurado", sólo nos referimos al bienaventurado Juan Macías.

La olla de hierro esmaltado a donde eché los 750 gramos de arroz, con poquita carne, tenía una capacidad de 10 litros. Salí de la cocina... la única persona que estaba en el piso, era la madre del párroco. El acceso al lugar estaba prácticamente impedido a cualquier persona, hubiesen debido llamarme y yo hubiese salido a abrirles la puerta. Después de un cuarto de hora, más o menos, regresé a la cocina, para controlar la cocción del arroz, y noté con asombro que la cantidad de arroz aumentaba y el nivel subía hasta el borde de la olla.

Al ver el prodigioso aumento del arroz no me quedó más remedio que llamar a la madre del párroco; la cual, siendo ya mayor, se acercó con dificultad a la cocina y, viendo la olla llena, me dijo: "Tendremos que buscar otra olla, porque ésta rebosa". No me acuerdo si llamé inmediatamente al párroco o a la Directora para que acudieran al Hogar... o si, en la cocina, ya empecé a echar a otra olla el arroz rebosante; pero, antes o después que fuese, empezamos a sacar el arroz y a echarlo a una segunda olla, más pequeña que la primera, como de ocho litros; pero, dado que el nivel de la primera olla seguía subiendo sobre el fuego, tuvimos que buscar, fuera de casa, una tercera olla, más o menos como la primera, que nos prestó la señora Isabela Fuentes.

El padre Luis Zambrano declaró: *Al entrar en la cocina, sobre el fuego, había dos envases; el primero, una cacerola, donde se habían echado las tazas de arroz. A su lado había una olla más alta, cilíndrica, un poco redonda. La*

primera estaba casi toda llena de arroz; al removerlo, el arroz del fondo aparecía crudo, por lo cual se veía necesario sacarlo de ahí. Entonces yo mismo saqué bastante cantidad de arroz y lo eché a la olla que estaba al lado, donde acababa de cocerse; y se le repartió a las chicas y a los chicos que esperaban el almuerzo.

Me quedé delante del aparato de la cocina, desde que llegué hasta las 4:30 pm ó 4:45 pm. Yo mismo saqué parte del arroz de la primera cacerola a la olla que estaba sobre el fuego; a pesar de ir sacando arroz, el nivel de la primera no disminuía. Puedo dar testimonio de este hecho hasta con mi misma vida.

La cantidad de arroz multiplicado se puede deducir de las raciones repartidas, que fueron aproximadamente ciento cincuenta, entre los pobres y los chicos; destacando que los chicos y chicas comieron todo lo que quisieron; y a los pobres de la calle —aproximadamente unos ochenta o noventa— se les brindó un cucharón a cada persona, y para algunos un poco más, según el número de los familiares necesitados.

La directora del Hogar Nazareth, María Grajera Vargas, presente en el fenómeno, declaró: *Yo observaba que, removiendo el arroz con el cucharón, aparecían nuevos granos de arroz, duros y blancos. Me consta que unos granos de este arroz fueron recogidos y se guardan con veneración.*

Carmen Núñez dice: *No se explica cómo el arroz, después de tanto tiempo de cocción, podía aparecer todavía crudo.* Y Rosa Andrade Castaño: *Agarré en mis manos y guardé en un papel unos granos cocidos y otros crudos.*

El hecho fue que, durante cuatro horas, estuvieron sacando arroz y dando de comer hasta las 5:00 pm. Ahora en el pueblo hay un dicho: *Esto crece más que el arroz del padre Luis.*

El Papa Pablo VI lo canonizó en la basílica vaticana el 28 de setiembre de 1975 con estas palabras: *En honor de la santa e individua Trinidad, para la exaltación de la fe católica y promoción de la vida cristiana, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los apóstoles Pedro y Pablo, y con la nuestra, después de madura deliberación e implorar intensamente la ayuda divina, oído el consejo de muchos de nuestros hermanos, decretamos y definimos que* ***el beato Juan Macías es santo y como tal lo inscribimos en el catálogo de los santos,*** *estableciendo que sea venerado con piadosa devoción entre los santos de toda la Iglesia. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.*

En su homilía habla el Papa de san Juan Macías como *padre de los pobres, huérfanos y necesitados.*

A raíz de su canonización se erigió en Lima una parroquia en honor de san Juan Macías[116].

Ha sido nombrado por la Iglesia patrono de los emigrantes y, en el Perú, especial patrono de los campesinos emigrados.

23. DEVOCIÓN A SAN JUAN MACÍAS

La devoción va creciendo por Extremadura y otras regiones de España en virtud de los favores que Dios concede a los que lo invocan. Hay en la iglesia parroquial de Ribera del Fresno una imagen del santo, cuya entrada dejó recuerdo en la villa.

Dos años después, una sequía pertinaz asolaba los campos. Como de costumbre, hicieron la novena al Santo Cristo, con éxito en tantas ocasiones. Esta vez, en cambio, quiso oír el ruego por medio de su siervo.

Al ver el párroco la novena terminada y sin lluvia, propuso comenzar otra. Uno de los parroquianos levanta la voz diciendo: "¿Y por qué no hacérsela a nuestro beato, ya que entró en el pueblo bajo un diluvio de agua?".

Todos aprobaron la idea. Y comenzaron la novena, sin vislumbre de agua en toda ella. El último día se organizó una procesión con la imagen. Iban rezando el rosario, intercalando en cada decena el canto penitencial. "Perdón, oh Dios mío". Al salir de la iglesia, comenzó un viento fuerte, a cubrirse de nubes el cielo, antes limpio y sereno. Al entrar, de regreso, descargaba copiosa lluvia.

Y ahora, otro favor con visos claros de milagro. Año 1964. El hacendado Sebastián López iba en moto a visitar a los obreros por un camino lleno de baches, causados por una tormenta. Abstraído, contemplando el paisaje, cayó con la moto en un socavón. Gritó pidiendo auxilio y llegaron los obreros más cercanos. Estos avisaron a la esposa, que lo llevó a Badajoz en un taxi.

---

[116] Así se cumplía la profecía que le había dado san Juan evangelista: *Te tengo de llevar a unas tierras muy remotas y lejanas donde te han de labrar* (construir) *templos.*

En la clínica los doctores vieron que tenía la pierna izquierda del todo astillada y era necesario cortarla. La señora se opuso. Y al ver que nada consiguió, les rogó que esperasen a su vuelta.

En el mismo taxi voló a su casa, cien kilómetros, tomó un botijo, lo llenó de agua en el pozo del santo y volvió a Badajoz. El personal clínico se había retirado. Ella le dio con gran fe a beber al enfermo. Al terminar de beber el agua obligado por su esposa, comenzó a dar gritos:

- *¡Fuego, fuego! ¡Que me quemo!*

A las voces todo el servicio se puso en movimiento. Él se calló y quedó dormido. Luego abrió los ojos y, asustado, miró en torno suyo y dijo:

- *¿En dónde estoy?*

- *¿Dónde vas a estar, sino en la clínica? —le dice su esposa.*

- *Pues ¿qué hago aquí?*

- *Pues que te van a cortar la pierna.*

- *¿Qué pierna?*

- *La izquierda.*

Entonces, levantándose y dando fuertes golpes en ella, comenzó a andar como si nada hubiera tenido. Los doctores le sacaron otra radiografía y no vieron rotura ninguna. Don Sebastián y su esposa regresaron en el taxi a Ribera del Fresno, glorificando a Dios y a Juan Macías.

Hoy día sobre el pozo del milagro está construida una capilla o templete de piedra, diseñado por el ingeniero José María Miota, que se inauguró en 1957 y es lugar de peregrinación para sus devotos. Se le llama el pozo de san Juan Macías.

Es el pozo de donde a sus cinco años con sus oraciones, sacó al cerdito de un amiguito, como lo indicamos al principio de este libro.

Por otra parte, existe en Lima un famoso sillón donde se sentaba san Juan Macías. Es un sillón de cuero, con los pasamanos de tabla lisa, cómodo y elegante en su sencillez. Fray Juan Macías lo encontró en la portería cuando se hizo cargo de ella. En él se sentaba frecuentemente. Después de su muerte se

convirtió en una reliquia que sigue siendo utilizado por las futuras madres para obtener la protección del santo y un buen parto. Al principio del siglo XIX lo llevaron al beaterio llamado del Patrocinio. En 1937, el arzobispo entregó este beaterio a las misioneras dominicas del Rosario y hoy es la residencia de la Curia provincial de esta Congregación en el Perú. El sillón lo tienen en una pequeña sala alfombrada.

Al lado del sillón se ha colocado una mesa donde siempre hay un cuaderno y un lapicero para que dejen constancia los devotos de sus plegarias. Es constante el desfile de gente por el *Patrocinio* y algunas parejas regresan con su bebé a dar gracias; ya que especialmente van parejas a pedir por el nuevo hijo que está en camino. Este convento del *Patrocinio* está ubicado en la casa donde vivió nuestro santo al llegar a Lima en el barrio de san Lázaro, distrito del Rímac.

CRONOLOGÍA

1585.- Día 2 de marzo, nacimiento y bautismo.

1592.- Primera aparición de san Juan Evangelista.

1595.- Con su oración alcanza el milagro del pozo.

1613.- El día 24 de diciembre (Nochebuena) se despide de Ribera del Fresno.

1619.- Embarca en Sevilla para Cartagena de Indias.

1620.- Hace viaje a Lima durante cuatro meses y medio. Llega hacia el mes de setiembre

1622.- El día 22 de enero toma el hábito en la Magdalena.

1623.- El día 23 de enero profesa.

1630.- En un terremoto, la Virgen habla a fray Juan en la capilla del Rosario.

1641.- Se realiza el milagro del negrito Antonio Macías.

1643.- Dos jóvenes mulatos cantores comen el pan milagroso que les ofrece fray Juan.

1645.- El día 17 de setiembre fallece.

1646.- El día 17 de setiembre se realiza el traslado del cuerpo a la nueva capilla de la portería.

1648.- En el mes de agosto comienza el Proceso diocesano.

1683.- El día 22 de enero se clausura el Proceso apostólico.

1693.- El día 25 de setiembre se remite a Roma una copia del Proceso y se pierde en un naufragio.

1699.- El día 28 de marzo se envía nueva copia a Roma. Llega a su destino.

1837.- El día 27 de setiembre el Papa Gregorio XVI beatifica simultáneamente a Juan Macías y a fray Martín de Porres.

1926.- Se promueve el Proceso de canonización.

1949.- El día 23 de enero, domingo, se obra el milagro del arroz.

1967.- El mes de agosto se inaugura la capilla del pozo milagroso en Ribera del Fresno.

1975.- El día 28 de setiembre es canonizado solemnemente en la basílica del Vaticano por el Papa Pablo VI.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído atentamente la vida de san Juan Macías, el Señor nos ha dado un claro mensaje: nuestra fe católica es verdadera y debemos vivirla en plenitud. Dios quiere que seamos santos y que vivamos nuestra fe en todos sus aspectos. Debemos saber que el demonio nos atacará con tentaciones o malas inspiraciones, pero, al igual que san Juan Macías, podemos vencerlo con la ayuda de Dios.

Él usaba el agua bendita y oraba ante las imágenes de los santos. En especial oraba todas las noches ante el Santísimo Sacramento y ante la imagen de la Virgen María. Era un hombre mortificado, que nos enseña con su vida que no debemos buscar a todo trance el placer y la comodidad, sino que, para superar las tentaciones, es importante la mortificación de los sentidos.

Él tuvo la gracia especialísima de tener al mismo san Juan evangelista como amigo y compañero. Nosotros tenemos a nuestro ángel custodio, que es un compañero para toda la vida y a quien debemos invocar y pedir ayuda.

Él amó mucho a las almas del purgatorio. Algunos lo han llamado el *ladrón del purgatorio*. Oremos también nosotros por nuestros familiares difuntos y por las almas más abandonadas y olvidadas. Todos los santos sin excepción han orado por ellas. Y todos han centrado su fe en Jesús Eucaristía y en el amor a María y la intercesión de los santos, confesando y comulgando frecuentemente.

Recordemos que ser católicos de verdad es vivir en plenitud nuestra fe, tal como la han vivido los santos, que son una guía y un ejemplo para nosotros en nuestro caminar por la vida. Leyendo vidas de santos, podremos aprender a vivir mejor nuestra fe, pues ellos fueron Evangelios vivientes, ya que vivieron de acuerdo al Evangelio, tal como la Iglesia nos enseña.

Que Dios te bendiga por medio de María. Saludos de mi ángel y saludos a tu ángel.

Tu hermano y amigo del Perú.
P. Ángel Peña O.A.R.

Pueden leer todos los libros del autor en www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

Arévalo José M., *Los dominicos en el Perú*, Lima, 1970.

Álvarez Guillermo, *Historia de la Orden dominicana en el Perú*, siglo XX (1965-2000), Sección santos peruanos, Lima.

Álvarez Paulino, *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de Predicadores*, vol. 1, Vergara, 1920.

Angulo Domingo, *La Orden de santo Domingo en el Perú*, Lima, 1909.

Cipolletti Giacinto, *Vita del beato Giovanni Masias*, Roma, 1837.

Cipolletti Jacinto, *Vida del beato fray Juan Masías*, Lima, 1837 y Lima, 1962.

Cipolletti Jacinto, *Vida del beato Juan Macías*, Cuzco,1949

Compendio della vita del b. Giovanni Massias, converso dell´Ordine dei predicatori della provincia di S. Giovanni Battista del Perú, Roma, 1837.

Compendium vitae, virtutum ac miraculorum necnon Actorum in causa canonizationis beati Joannis Macias, Roma, 1974.

Domenico M. Marchese, *Sacro Diario domenicano*, tomo V, Nápoles, 1679.

Francisco Reginaldo, *San Giovanni Macías*, Ed. San Sisto Vecchio, Roma, 1974.

Gago José Luis, *El emigrante que no volvió*, Ed. Secretariado dominicano, Palencia (España), 1975.

Gómara Luis, *Fray Juan Macías*, Madrid, 1966.

Gómara Luis, *El ladrón del purgatorio, vida del beato Juan Macías*, Vergara, 1956.

Huáipar Felipe, *¡Oh, fray Juan Macías!, los pobres, los emigrantes, los campesinos no tienen comida*, Lima, 1976.

Informatio super virtutibus et miraculis servi Dei fr. Joannis Massiae, 1674. Está en la Postulación general de la Orden de Predicadores en Roma.

Meléndez Juan, *Tesoros verdaderos de las Indias*, tomo tercero, libro IV, Roma, 1682.

Novae animadversiones et responsiones super dubio an constet de virtutibus, 1744. Se encuentra en Roma en la Postulación general de la misma Orden.

Osende Victorino, *Vida del beato Juan Macías*, Lima, 1918.

Piccari T., *Orme di un esule, Juan Macías*, Roma, 1975.

Positio super dubio an constet de validitate Processus remissorialis, 1714. Se encuentra también en Roma en la Postulación general de la Orden de Predicadores.

Toro Alonso de, *Compendio de la prodigiosa vida del venerable siervo de Dios, fray Juan Macías*, Sevilla, 1689.

Velasco Salvador, *Juan Macías*, Ed. OPE, Guadalajara (España), 1975.